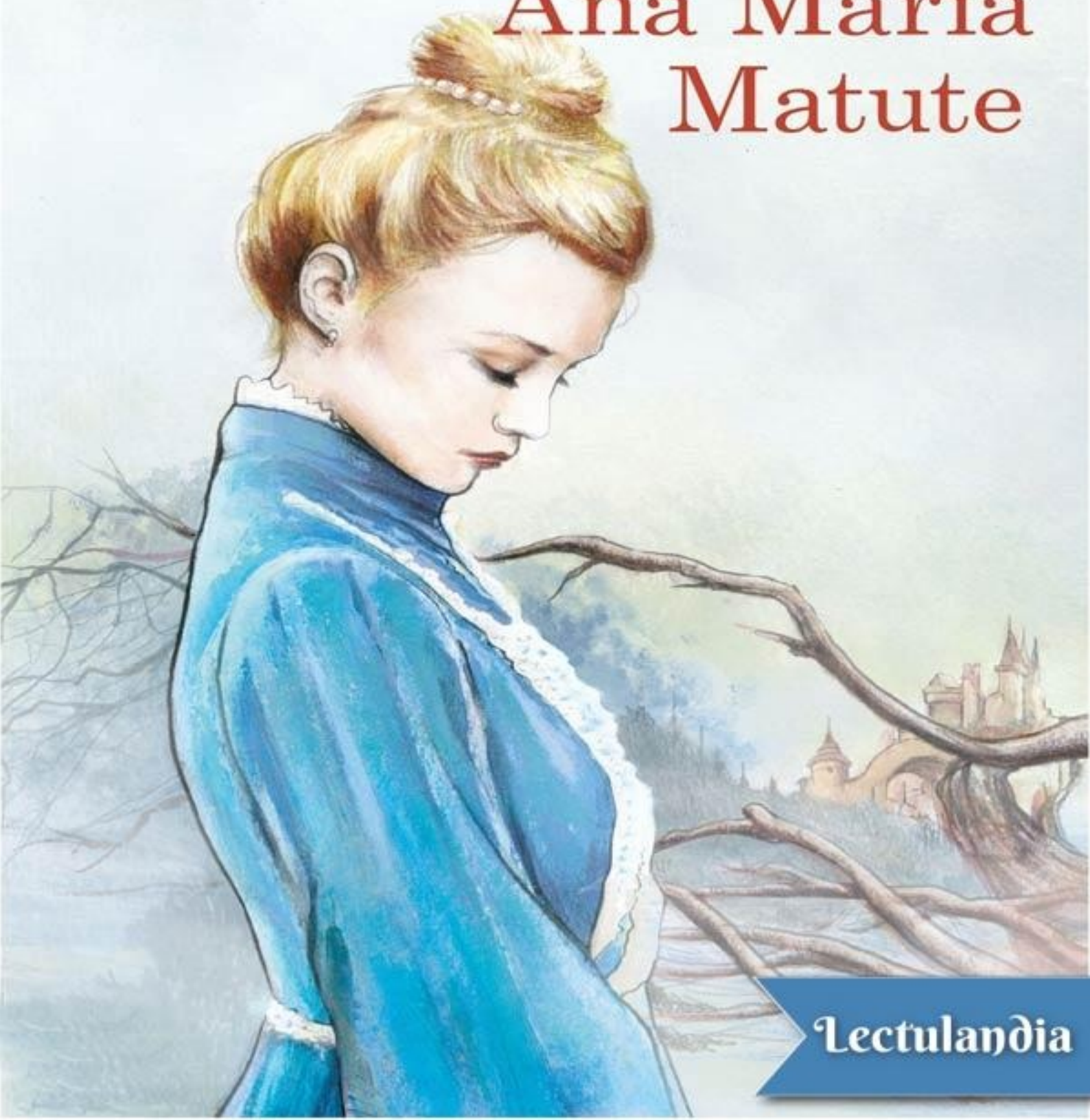


El verdadero final de la Bella Durmiente

Ana María
Matute



Lectulandia

Como todo el mundo sabe, cuando el Príncipe Azul despertó a la Bella Durmiente, se casó con ella y se la llevó a su reino. Pero las historias no siempre acaban en el momento feliz, sino que la vida sigue y comienzan los problemas. Ésta es la verdadera historia de cómo la Bella Durmiente se encuentra con la vida real, una vida en la que su príncipe no es tan azul ni su reino tan maravilloso, y en la que además entra en juego un oscuro personaje: Selva, la temible Reina Madre.

Lectulandia

Ana María Matute

El verdadero final de la Bella Durmiente

ePub r1.0

Titivillus 12.02.16

Título original: *El verdadero final de la Bella Durmiente*
Ana María Matute, 1995

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE:

EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA

1.-

Todo el mundo sabe que, cuando el Príncipe Azul despertó a la Bella Durmiente, tras un sueño de cien años, se casó con ella en la capilla del Castillo y, llevando consigo a la mayor parte de sus sirvientes, la condujo, montada a la grupa de su caballo, hacia su reino. Pero, ignoró por qué razón, casi nadie sabe lo que sucedió después. Pues bien, éste es el verdadero final de aquella historia.

El reino donde había nacido el Príncipe, y del que era heredero, estaba muy alejado del de su esposa. Tuvieron que atravesar bosques, praderas, valles y aldeas. Allí por donde ellos pasaban, las gentes, que conocían su historia, salían a su paso y les obsequiaban con manjares, vinos y frutas. Así, iban tan abastecidos de cuanto necesitaban, que no tenían ninguna prisa por llegar a su destino. No es de extrañar, pues aquél era su verdadero viaje de novios y estaban tan enamorados el uno del otro que no sentían el paso del tiempo.

Cuando acampaban, los sirvientes levantaban tiendas, disponían la mesa bajo los árboles y extendían cojines de pluma de cisne para que reposaran sobre ellos. Así, poco a poco, y sin que apenas se dieran cuenta, fueron pasando los días, los meses, y la Princesa comunicó al Príncipe que estaba embarazada y que su embarazo ya era bastante avanzado. Entonces comprendieron cuanto estaba durando aquel viaje, viaje que luego recordarían como una de las cosas más hermosas y felices que les habían ocurrido. Algunas veces, cuando el paraje que atravesaban era propicio, el Príncipe Azul, que era muy aficionado a la caza —como casi todos los hombres de aquella época—, organizaba cacerías, ya que llevaban con ellos a todos los monteros y ojeadores que también habían acompañado en su largo sueño a la Princesa, gracias a lo previsores que habían sido sus padres. Aunque todos parecían un poco amodorrados, porque uno no está durmiendo durante cien años para luego despertarse ágil y animoso. La Princesa parecía una rosa recién cortada pero, naturalmente, el beso del Príncipe que la despertó no se repitió en cuantos la acompañaban. Bastante tuvieron con despertarse por su cuenta, una vez roto el maleficio de la perversa hada, que les encantó de forma tan injusta como estúpida.

Así, iban quedando atrás los bosques umbríos donde gruñía el jabalí, las praderas verdes donde pacían las ciervas con sus cervatillos, las fuentes donde, según decían, de cuando en cuando solían aparecerse las hadas, y los misteriosos círculos de hierba apisonada, aún calientes —el Príncipe Azul y la Bella Durmiente los palpaban con respeto y un poco de temor—, donde, a decir de sirvientes y aldeanos, danzaban las criaturas nocturnas —silfos, elfos, hadas y algún que otro gnomo— en las noches de luna llena.

Fueron haciéndose cada vez más raros los pájaros alegres, ruiseñores y petirrojos,

abubillas y riacheras, y aquellos otros, de nombre desconocido, que parecían flores errantes. Desaparecieron las bandadas de mariposas amarillas, las aves emigrantes que volaban hacia tierras calientes; se apagó el cristalino vibrar de las libélulas sobre el silencio de los estanques. Día a día, iban adentrándose en tierras oscuras, donde el invierno acechaba detrás de cada árbol. Los bosques se hacían más y más apretados y oscuros, más largos y difíciles de atravesar. Las hojas se habían teñido de un rojo amoratado, y aunque bellísimas, si el sol cuando llegaba hasta ellas les arrancaba un resplandor maravilloso, la Princesa sentía un oscuro temblor, y se abrazaba al Príncipe.

Al cabo de unos días, se adentraron en una región sombría y pantanosa. Ya no acudían gentes a recibirles con presentes y músicas. Entre otras razones, por la muy poderosa de que no aparecían por ninguna parte pueblos, aldeas o villas. El otoño estaba muy avanzado, pero no se veían ya hojas doradas, ni rojas, ni atardeceres de color púrpura. Las nubes tapaban el cielo, árboles desnudos alzaban sus brazos retorcidos contra el cielo, y sólo páramos y roquedales salían a su encuentro. Los sirvientes y monteros estaban bastante inquietos. Incluso alguno de ellos huyó durante la noche. De modo que el séquito era cada vez menos numeroso. Aparecieron aquí y allá esqueletos de animales, y aves lentas, oscuras y de largos gritos planeaban en círculo sobre sus cabezas.

Al fin, entraron en un bosque tan espeso y oscuro, que los rayos del sol, débiles y escasos, apenas se abrían paso en él. No se parecía en nada a los bosques que la Princesa recordaba de su niñez, ni a los que había conocido durante la primera etapa de su viaje. Era un bosque salvaje, obstruido por raíces gigantescas, donde abrirse camino requería gran esfuerzo. Las noches pobladas de gritos de lechuzas sobresaltaban su sueño, y apenas volvían a dormirse, amanecía. Lejos quedaban las noches cálidas bajo las estrellas, cuando, en la tienda de seda roja que habían armado los sirvientes, se abrazaban y amaban el joven Príncipe y la joven Princesa. Ahora también se abrazaban, pero su abrazo estaba dividido entre el amor y el miedo.

Aquél era, sin duda alguna, un bosque diferente a todos los conocidos. Y, cuando menos se esperaba, el largo aullido de algún animal desconocido lo atravesaba y dejaba su eco colgando de las ramas que, luego, el viento sacudía y esparcía. «Acaso —pensó la Princesa— sea un bosque embrujado». Porque, en ocasiones, pudo distinguir entre los helechos, las ortigas y la alta hierba, carreras veloces o huidas de diminutas e inquietantes criaturas que ella jamás había visto antes, y de las que sólo su nodriza le había hablado en su infancia. Dos o tres veces creyó distinguir sus caritas, que a primera vista parecían traviesas, para inmediatamente traslucir una refinada maldad. Luego, desaparecían entre las altas hierbas, y ella no sabía decirse si fueron verdaderas o las había imaginado o confundido con insectos, pequeños animales o diminutas criaturas del fondo de la maleza.

Cuando por fin decidió preguntar al Príncipe el por qué de aquellas apariciones, se dio cuenta de que él no parecía haberlas notado. Es más, no se mostraba inquieto, ni temeroso, sino más bien tranquilo y confiado.

—Estamos ya en las tierras de mi padre —dijo.

Y parecía satisfecho.

Al fin, penetraron en un tramo del bosque donde todo aparecía tan oscuro, apretado y retorcido como ella jamás pudo imaginar. Los árboles, las ramas y hasta los helechos se contorsionaban de tal manera que, más que un bosque, parecía un nido de pulpos gigantes.

—¿Éste es tu reino...? —le pregunto, llena de inquietud al Príncipe Azul.

Pero él la abrazo y dijo:

—Mi reino eres tú y yo soy tu reino.

Tras lo cual, ella no supo que contestar, y sus pensamientos se desviaron hacia otros asuntos mucho más placenteros.

Día a día, mientras avanzaban por aquel bosque que parecía no iba a terminar nunca, los caballos se asustaban, se encabritaban y los servidores, incluso los monteros, huían. El séquito de la Princesa se había reducido, casi, a menos de la mitad. Ni siquiera había permanecido a su lado una sola de las doncellas. Encantadas por el clima de amor y felicidad de los primeros tiempos, se habían enamorado, ora de este palafrenero, ora de aquel paje, ora de este montero... y habían desaparecido con ellos, hacia quien sabe dónde.

Un día, la Princesa, que sentía ya en sus entrañas los jugueteos del niño que llevaba dentro, pregunto:

—Cuando me despertaste con un beso, los árboles y los arbustos florecían, y la hierba, y hasta las ortigas, despedían un maravilloso perfume, que nunca olvidare... ¿Qué ha pasado? ¿Por qué han desaparecido el canto de los mirlos, y las flores, y el sol?

—Es que entonces era primavera —contesto el Príncipe— y ahora se acerca el invierno... Pero, a nosotros, ¿que nos importa?

Y se abrazaron, y se amaron, y todo lo demás desapareció a su alrededor.

Desapareció en su mente, pero no en la realidad que les rodeaba. Ellos pensaban que ni la oscuridad, ni la perversidad que se ocultaba tras el tallo de cada hoja, ni los aullidos de los lobos que acechaban a su paso, existían realmente. Claro que ninguno de los dos había alcanzado eso que las gentes llaman edad de la razón.

Y a pesar de todo, a medida que se adentraban más y más en el bosque, más y más iba encogiéndose el corazón de la Princesa, ovillándose en sí mismo, como uno de aquellos animalitos tan suaves y confiados, que caen atrapados en la primera trampa tendida a su paso.

Y por fin, un día, salieron del bosque y dejaron atrás el último de sus árboles.

Sobre un montículo rocoso, rodeado de niebla, apareció la silueta de un castillo. Parecía formar parte de la niebla, era en sí mismo como una figura hecha de niebla aún más oscura, de contornos imprecisos.

—¿Es este tu castillo? —pregunto tímidamente la Princesa.

Pero claro, cuando se han pasado cien años dormida, es natural que cuanto se presente a tu mirada resulte un poco raro.

—Y el tuyo —dijo alegremente el Príncipe, que no parecía acusar lo tenebroso del ambiente.

A fin de cuentas, había nacido y crecido allí, y uno permanece apegado a su infancia y, cuantos más años pasan, menos advierte los defectos que pudiera tener el entorno donde transcurrió.

—¿Qué es esa cosa negra y viscosa hacia la que vamos? —pregunto la Princesa.

Pero el Príncipe Azul parecía tan feliz, que no entendió del todo la pregunta y sólo dijo:

—Es el Castillo donde tú serás reina, mi reina, algún día.

Los enamorados dicen a veces cosas así, y es mejor no hacer demasiado caso. Pero quien las oye se siente muy satisfecho, y así se sintió la Princesa. Cuando ya se hallaban frente al castillo, la Bella Durmiente pudo ver que de su foso surgía una especie de neblina muy oscura, y que un olor a fango y raíces podridas brotaba de él, mezclándose al chapoteo de animales que ella no conocía. Como desconocía tantas cosas, y era consciente de su ignorancia de cien años, no dijo nada. Pensó que las costumbres habían evolucionado bastante desde el día en que ella se pinchó con el fatídico huso. Bajaron el puente levadizo, chirriaron las cadenas, y dos heraldos vestidos de color verde musgo anunciaron su llegada. Apenas pudo distinguirlos entre los vapores que surgían del foso, pero si pudo ver claramente, sobre su cabeza, por encima de las torres, los vuelos de dos grandes milanos que trazaron un círculo, como observándoles, y luego remontaron el vuelo y desaparecieron tras las almenas.

La Princesa atravesó los umbrales del Castillo y el patio de armas, y llegó ante la pequeña escalinata de piedra que conducía al torreón principal. Esperaba que, por fin, encontraría algo, o alguien, que alegrase o dulcificara su llegada. «Las apariencias engañan», solía decirle su nodriza, cada vez más añorada... Pero las nodrizas, o las madres, o las viejas tías, se equivocan o aciertan como cualquiera.

Al pie de la escalinata, su cortejo, ya muy escaso, se detuvo. Era una escalinata de piedra gris, húmeda y cubierta de musgo, como si nadie la cuidara, porque en las juntas crecían malas hierbas y se veían hojas podridas. Entonces la Princesa comprendió que la primavera había muerto hacía tiempo, mucho tiempo, y que ella apenas se había dado cuenta.

Pero no sólo la primavera, sino el verano, con su tienda de seda roja, su mesa de manteles de lino y copas de plata bajo los almendros. Y también el dulce otoño, que hacía de árbol una lámpara, y convertía en música las fuentes, los arroyos y los manantiales. Habían muerto las flores, las espigas y los membrillos dorados, y sólo

quedaban ellos dos, de pie ante una larga escalinata de invierno y viento. Oyó piafar a los caballos y un frío desconocido se apoderó de su corazón. Los goznes de la gran puerta de entrada al torreón chirriaron, se abrieron las dos hojas lentamente, y pareció que una manada de lobos se hubiera puesto a aullar, en alguna parte, no muy lejos de allí. En el marco de la puerta se alzaba una silueta entre la luz de las antorchas. Era alta y delgada y, por supuesto, majestuosa.

La Princesa comprendió casi enseguida que se trataba de su suegra, la Reina Madre, que se llamaba Selva, pero no acertó a ver su rostro, ya que las sombras de la tarde lo ocultaban, y sólo había luz, luz roja y temblorosa, a sus espaldas. Tal como le habían enseñado desde niña, la Princesa inició una reverencia, pero el Príncipe rodeó con su brazo su cintura y la ayudó a subir los escalones. No parecía intimidado, sino más bien alegre, y acercándola a su madre, dijo:

—¡Abandona los protocolos! Ésta es mi madre y, desde ahora, también será la tuya. Abrazaos, y nada de reverencias ni cosas parecidas.

Algo como un leve temblor, como un vientecillo helado que inesperadamente nos estremece y nos obliga a abrigarnos al final del verano, llegó hasta el corazón de la Princesa. Pero el Príncipe ya la había empujado hacia su madre, y se sintió estrechada por unos brazos tan fuertes y duros como cadenas de hierro. Entonces oyó por vez primera la voz de la Reina Madre, dándole una sucinta bienvenida. Era una voz baja, algo ronca, pero que parecía despertar ecos de cueva en cada rincón, aunque fuese al aire libre. Arrastraba las eses, como un silbido. Más tarde, cuando al fin pudo ver su rostro a la luz de las antorchas, velas y fuego de la gran chimenea del lugar donde cenaron, y que la Reina llamaba refectorio, la Princesa pudo ver un rostro delgado y apenas sin arrugas, muy pálido, coronado por cabellos —los que escapaban de una especie de cofia muy adornada, que cubría su cabeza— tan negros como los podría tener una muchacha de veinte años.

Tenía ojos grandes, en forma de pez, y con el contorno muy oscuro, como si los hubieran reseguído con un pincel de humo. Y sus pupilas, también muy grandes y brillantes, tanto que apenas si dejaban ver la cornea, tenían un color cambiante, indefinido. A la sombra de los párpados, parecían negras, pero a la luz de las llamas —el sol no entraba nunca en ellas, como pudo comprobar más tarde— lucían amarillas y fosforescentes, como el azufre. Sus manos eran largas, con dedos muy delgados, con la piel tan fina que se transparentaban las venas. La Princesa recordó, viéndolas, algunos riachuelos que había visto, siendo niña o en el viaje que la condujo hasta allí. Al extremo de sus dedos tenía uñas largas, bien cuidadas y limpiísimas, que se curvaban levemente como caparazones de crustáceos. Según pudo comprobar luego, la Reina Madre era vegetariana. Pero no despreciaba el vino. Todo lo contrario, vaciaba su copa una y otra vez, durante las largas comidas que tenían lugar en el castillo. Entonces podía descubrirse en aquellas pupilas una llama medio oculta, capaz de prender fuego a cuanto mirase. Respecto al Rey, padre del Príncipe Azul y esposo de la Reina Selva, se encontraba muy lejos de allí, ocupado en alguna

de sus continuas guerras. Ni siquiera se había enterado de la aventura nupcial de su hijo.

La Princesa tuvo la sospecha de que el Rey se hallaba muy a gusto fuera del castillo y de sus tierras, peleando con vasallos rebeldes y condes levantiscos; o emprendiéndola con algún país vecino del que, por una u otra razón, decía tener derecho o simplemente deseaba apoderarse.

Así pasaron los días, y los meses. El Príncipe Azul y la Bella Durmiente parecían vivir en continua luna de miel, y la Reina Madre, por su parte, no se inmiscuía para nada en sus vidas. De manera que todos parecían felices.

Alguna que otra vez, la Princesa vio deambular a su suegra por el jardincillo que rodeaba el torreón donde ellos habitaban. Siempre sería, muy seria, deteniéndose aquí y allá para observar con cuidado alguna cosa que llamaba su atención y que la Princesa no atinaba jamás a descubrir. Una vez, o quizás dos, si pudo darse cuenta de que mandaba a su Pajecillo, un muchacho que más parecía un enano que un niño, atrapar un pájaro. El ave desaparecía entre las manos de la Reina Madre, como si se esfumara. La Princesa supuso que lo guardaría en alguna jaula, porque no los mataba, ni los ordenaba matar. Pero nunca vio jaula alguna, ni pájaro, grande o pequeño, por parte alguna del Castillo.

Tal vez los amaestraba y les dejaba volar por sus habitaciones, tal y como vio hacer antaño a su niñera con un par de periquitos rosa y azul. Y estos recuerdos enternecían su corazón, y se decía: «Seguramente la Reina es una buena mujer, y parece tan seria porque el Rey anda por ahí peleando con todo el mundo, en lugar de estar aquí, dándole todo su cariño, como hace el Príncipe conmigo». Y no volvía a preocuparse más por ella, del mismo modo que ella no se preocupaba por ellos dos.

Algunas noches, sobre todo al principio, cenaban los tres juntos, y pronto se dio cuenta la Princesa de que cuando su suegra veía servir platos de aves o caza —el Príncipe seguía siendo tan aficionado a las cacerías como su padre a las guerras—, o simplemente empanadas rellenas de liebre, jabalí, ciervo o cualquier otro animal comestible, palidecía hasta el punto de que su piel casi podía transparentar su calavera. Aparte de que tamaño espectáculo le hacía perder el apetito, pensó que no había por qué ofender a su suegra con semejantes cosas, y ordenó que cuando ella presidiera su mesa sólo les fueran presentados platos de hortalizas y verduras. Poco después la Reina Madre renunció a honrarles con su presencia durante las cenas.

Al poco tiempo, la Princesa dio a luz una niña tan hermosa como la primera luz de la mañana, y quizás por eso, la bautizaron con el nombre de Aurora. Como recordaban las vicisitudes que había acarreado el bautizo de la Princesa, decidieron, de buen acuerdo, bautizarla en la más estricta intimidad, sin invitaciones a hadas ni

cosa parecida. Por otra parte, no resulto difícil, porque no conocían a ninguna hada ni a nadie que se le pareciera. En aquellas soledades, raro era se presentase siquiera un triste barón de poca monta a rendirles homenaje, puesto que, caso de que quedara alguno por los alrededores, el Rey se había encargado de dar buena cuenta de él.

La pequeña Aurora crecía tan bonita como su madre y tan simpática como su padre. Cuando cumplía apenas un año, la Bella Durmiente quedó nuevamente embarazada. No era extraño, puesto que los príncipes, aparte de la caza, los juegos y las comidas, no tenían mejor cosa que hacer que amarse, y no era poco. De modo que, pasado el tiempo de rigor, la Princesa dio nuevamente a luz, esta vez un niño. Y era muy hermoso, incluso más que su hermana, que ya es decir. Y por eso decidieron ponerle por nombre Día.

Cuando Día tenía tres años, cierta mañana en que el sol doraba los trigales lejanos, el vigía lanzó desde su torre una larga llamada de su cornamusa.

Los soldados del Castillo, gentes que el Rey, por una u otra razón, no había llevado consigo, eran hombres de avanzada edad, o tan poco duchos en el manejo de las armas que casi nada podían hacer en caso de alarma. Por alguna razón, el Rey sabía que nadie atacaría ni su castillo, ni sus tierras. Pero ésta es una cuestión que ya se verá más adelante. En el caso que nos ocupa, aquellos soldados eran gentes dicharacheras y dadas a la cerveza, los dados y las largas siestas.

La llamada de la cornamusa les cogió de improviso, y como pudieron, y mal pertrechados, formaron bajo las ordenes de su capitán. Era éste un hombre tan viejo que se necesitaban otros tres para montarlo en su caballo, y algunos más para que no se cayera luego de él. Aunque debe decirse que más por causa de la cerveza que por la edad.

Estaban tan poco acostumbrados a estas cosas, que hubo mucho barullo y desconcierto antes de descubrir que, efectivamente, alguien se aproximaba al castillo. Y era alguien que venía acompañado de nutrida tropa, a tenor de la polvareda que levantaban y del brillo que los pálidos rayos del sol encendían en sus cascos y armaduras.

Pero no tardaron en saber lo que ocurría. Aquello que les había parecido una tropa agresiva no era más que un maltrecho resto de tropas, entre las cuales el que no llevaba vendada la cabeza iba con el brazo en cabestrillo. Y si aquél iba apoyado en muletas, aquel otro sufría tantas contusiones como si le hubieran pasado por encima cuatro caballos salvajes. Pero no era esto lo peor. El Rey venía derrotado y malherido, tendido en un carro arrastrado por bueyes, envuelto en pieles y con el rostro tan blanco que poco bueno podía esperarse de él. Cuando le trasladaron a sus aposentos, el Príncipe y la Princesa lloraban desconsolados. El Rey, aunque maltrecho, parecía un hombre animoso y aún tenía ganas de bromear. Pero no pregunto por la Reina, ni ella se presentó a él o se acercó a su lecho.

Al día siguiente, después de que el físico le hubiera aplicado algunas sanguijuelas, cosa que aún pareció dejarlo en peor estado, el Rey llamo a su hijo a su lado.

—Hijo mío —dijo con voz débil pero bien audible—, me alegro mucho de que te hayas casado con una princesa de linaje tan claro..., aunque pobre, porque tras los cien años en que estuvo dormida, hoy día su reino esta que da pena. Pero es muy bella y te ha dado hijos sanos, fuertes y hermosos.

Al llegar a este punto de su discurso, el Rey vacilo, porque sus fuerzas se acababan. De todos modos, aún tuvo arrestos para continuar:

—Tú eres mi hijo y, en cuanto yo muera, cosa que ocurrirá de un momento a otro, serás el rey de este país. Por tanto, te ordeno que prosigas la lucha que yo he interrumpido momentáneamente... ¡Y que venzas a mi enemigo Zozogrino! Hasta que no consigas esto, no podrás ser coronado rey. Y no regresaras a este lugar ni hallaras reposo en la tierra, si no lo haces así. Mi fantasma y mi rencor te perseguirán, a ti y a tus hijos, y a los hijos de tus hijos, y a los hijos de...

Cuando llegaba a sus tataranietos, la voz y el corazón le fallaron, y el Rey murió como muere todo el mundo y como moriremos nosotros algún día.

El Rey fue enterrado en el cementerio real, detrás del monasterio donde, por cierto, sólo quedaban el Abad y cuatro frailes, además del cocinero y de los legos que cuidaban del huerto. «¿Por qué hay tan poca gente en este reino?», se preguntaba la Bella Durmiente. Pero luego se decía: «En cien años, cambian tanto las costumbres...».

Enterraron, como queda dicho, al viejo Rey, y el joven Príncipe debía cumplir las órdenes dadas por su padre, si quería ser coronado. Y si quería, porque, ¿quién no lo quiere? Sobre todo si no se tiene mejor cosa que hacer, como era su caso.

Llovió mucho, cayeron las hojas de los árboles. El Príncipe seguía con pocas ganas de guerrear por causas que desconocía, contra gentes que conocía todavía menos. Y los bosques pasaban del incendio rojo y dorado del otoño al viscoso frió y los barrizales que anunciaban el invierno. De modo que, entre unas cosas y otras, empezaba el deshielo cuando, empujado por la Reina Selva, que le recordaba la promesa hecha a su padre, el Príncipe Azul se despidió de la Princesa, de sus hijitos y de su madre (que, por cierto, parecía poco llorosa). Aunque, claro está, una reina como es debido no llora jamás en público.

El Príncipe había reunido, un poco por allí, y un poco por allá, con pocas ganas y mucha amargura en el corazón, un ejército más o menos decente. Es tan bonito ser príncipe, cuando se tiene una princesa como la Bella Durmiente por esposa, y tan pocas obligaciones como cazar, jugar al ajedrez o jugar entre las flores, que cualquiera de nosotros hubiera sentido lo mismo que él, en su lugar. De modo que,

una tarde triste y dorada, partió con sus hombres y sin tener la menor idea de lo que era una contienda, ni de lo que eran el odio o la ambición, hacia los lejanos campos de batalla donde, al parecer, le aguardaban las huestes del feroz Zozogrino, al que jamás había visto ni en pintura.

El día después de la partida de su hijo, la Reina Madre, que hasta el momento había vivido en una discreta sombra, apareció, súbitamente, en todo su esplendor.

Mando llamar a la Princesa, acompañada de sus hijos, a sus habitaciones.

Cuando les tuvo delante, dijo:

—Querida niña, este castillo es demasiado triste y oscuro para una criatura tan linda y alegre como tú, y para unos nietecitos tan llenos de vida y alegría. Mientras dure la ausencia de mi hijo, vamos a trasladarnos a una hermosa finca, donde poseo una gran casa y sus alrededores, llenos de verdor, flores y pájaros. Allí tú y los niños disfrutareis de la naturaleza, y viviremos felices, esperando el regreso de mi hijo, el que será nuestro amado rey.

Parecía contenta y, por primera vez, la Bella Durmiente vio su sonrisa. Pero, en lugar de alegrarla, aquella sonrisa la estremeció. Dos largos, aunque, eso sí, blanquísimos colmillos, la flanqueaban. Luego, tan rápidamente como habían aparecido, desaparecieron.

La Reina Madre palpo con suavidad, uno tras otro, los carrillos de manzana de sus nietos, paso el dedo índice por la barbilla de la Princesa, muy delicadamente, y su uña larga, pulida y muy cuidada, lanzo destellos.

—Estas caritas están pálidas, demasiado pálidas. Allí donde os llevaré, florecerán rosas en vuestras mejillas, crecerán y se desarrollaran vuestros cuerpecitos, y la carne de vuestros...

Y aquí enmudeció, porque su voz se había vuelto ronca, como ocurre con la de los que están dominados por la gula ante una buena empanada.

La Princesa sintió aquel dedo en su barbilla como el paso de un lagarto, y, aunque pensó que su suegra decía cosas bastante cursis, se guardo de hacer comentarios. Al día siguiente, cuando la Princesa despertó, los preparativos de la mudanza ya estaban en marcha. El castillo entero parecía sacudido desde las almenas de la torre vigía hasta las mazmorras. Algo, sin embargo, entre tanto barullo, llamo la atención de la Princesa: ninguno de los sirvientes que les habían sido fieles aparecía por ninguna parte. En su lugar, una turbamulta indefinible se afanaba de aquí para allá, sin que ella pudiera reconocer a nadie entre ellos.

—Señora —dijo en cuanto le fue posible alcanzar a su suegra (se le hacía muy difícil llamar madre a quien no fuera aquella que recordaba con amor y ternura)—, ¿dónde están mis servidores, aquellos que me han acompañado tantos años...?

—Niña —contesto la Reina Madre—, ¿no crees que después de ciento y pico de años merecen algún día de descanso? No te preocupes, he dispuesto que nos

acompañen cuantos necesitemos y que nos sirvan como debe ser. Allí donde vamos reinan la paz y la tranquilidad. Sólo las ardillas cuando roen nueces, o el paso de los caracoles sobre las hojas, podrán romper el silencio que nos rodee. Disfrutaremos de una soledad tan hermosa y profunda como la de los bosques que nos rodean.

La Princesa, al principio, sintió un escalofrío. Luego, a medida que la Reina Madre hablaba, quedó prendada de su voz y, sobre todo, de su sonrisa. Era la segunda vez que la veía sonreír. Pero, cuando quedaron al descubierto aquellos largos, blanquísimos y relucientes colmillos que casi parecían más propios del jabalí que de una humana criatura, una creciente timidez la hizo enmudecer.

Después, la sonrisa de la Reina Madre desapareció con la misma rapidez con la que había asomado. Y cuando la Bella Durmiente se retiró a sus habitaciones, sólo guardaba de aquella sonrisa y de aquellas palabras lo que puede guardarse de un solitario rayo en medio de una tormenta de verano.

Por más que la Reina Madre dijera que el lugar a donde se dirigían estaba «no muy lejos», la verdad es que llevaban ya tres días de camino a través de valles y bosques casi desiertos.

Les acompañaban únicamente los soldados de la guardia personal de la Reina Selva —era la primera vez que la Princesa les veía—, su montero mayor y una anciana muda que la Reina había nombrado doncella personal de la Princesa. Sólo se notaba que estaba viva por la mirada, fija y brillante, de sus grandes ojos de lechuza. No parecía mala persona, pero la Princesa pronto se dio cuenta de que no podía contar con ella para nada que no fuese vestirla, preparar su baño y atender a sus necesidades más primarias, porque ni oía, ni hablaba. Y esto la inquieto bastante, porque se hallaba sola con sus hijitos aún tan pequeños, en manos de su suegra. Y, a pesar de que no tuviera motivos fundados para desconfiar de la Reina Madre, se adueñaba de su corazón, día a día, una inquietud creciente, aunque no conociese el por qué.

Al cuarto día de viaje, después de atravesar el bosque más espeso y oscuro, aunque bello, que ella conocía, apareció un claro tan grande que podía contener una gran casona de cuatro pisos, con tejadillos de pizarra y buhardillas de color azul oscuro. Varias chimeneas sobresalían de éstas, y la Princesa quedó muy admirada, porque, en su tiempo, no existían casas como aquélla.

Se guardó muy bien de decirlo, porque era orgullosa y no quería pasar por anticuada ante una mujer que, en apariencia, con creces hubiera podido pasar por su abuela.

Las cinco chimeneas desprendían humo, la casa estaba rodeada de un jardín muy grande. Aunque, según pudo comprobar la Princesa a medida que lo atravesaba, muy descuidado y lleno de malas hierbas. Si se alzaba la mirada, sólo altas y lejanas montañas, y oscuros y apretados bosques, se ofrecían a su alrededor. Y tan espesos

que, a buen seguro, la luz del sol apenas podía atravesar las ramas de sus árboles.

Cuando la Reina Madre descendió de su carroza, la Princesa comprobó que las había seguido y acompañado hasta allí un cortejo muy especial, nunca visto por ella hasta entonces. No lo componían propiamente enanos, ni pajes de corta edad. Eran criaturas de apenas dos o tres palmos de estatura, piernas cortas, grandes cabezas que en ocasiones carecían de cuello y eran simplemente continuación del torso. Le recordaron algunas plantas cucurbitáceas —como melones, calabazas y calabacines...—, pero dotadas de movimiento. En sus caritas pálidas relucían pequeños ojos de un negro tan brillante como los abalorios que adornaban el vestido de la Reina Madre.

Parecían sacudidas casi todo el tiempo por alguna especie de risita interior, maligna, recóndita, astuta y vieja como el mundo. El mundo que ella, dormida a los quince años, para otros cien, no había tenido oportunidad de vivir. Y pensó si no se trataría de una raza por ella desconocida, de enormes y medio humanos insectos. «Después de mi sueño de cien años, cuantas cosas han cambiado en este mundo —pensó—. Calla y no reveles tu ignorancia».

Aquellas criaturas emitían chillidos y murmullos, parecidos a los que produce el viento al filtrarse por las rendijas de una vieja casa, durante las noches invernales.

Pero lo que a oídos de la inocente Princesa eran únicamente crujidos de maderas, y viento, era en realidad un lenguaje que sólo entendía la Reina Madre. Escuchándolo, reía tan alegremente y sin rebozo como nunca la había visto reír antes la Princesa. Y como a aquella hora el sol empezaba a ocultarse tras las altas montañas y encendía cuanto tocaba, los largos colmillos de la Reina se iluminaron súbitamente y se volvieron, por unos instantes, rojos como la sangre.

El adusto caserón era, sin embargo, bastante confortable por dentro, y esto levantó el ánimo de la Bella Durmiente. Incluso le pareció bello. De sus paredes colgaban tapices que representaban escenas de cacerías, y había alfombras en la gran sala. En la chimenea central ardía un buen fuego que caldeaba el ambiente, y grandes candelabros esparcían su luz dorada por todas partes.

Una larga mesa, cubierta con manteles de lino, les ofreció, en lugar de las frugales y reseca viandas del camino, succulentos manjares que, en grandes fuentes, esparcían aromas apetitosos. Dos de aquellos extraños sirvientes que acompañaban a la Reina Madre les ofrecieron, en aguamaniles de plata, agua perfumada, para lavarse las manos. Y una vez hecho esto, las secaron cuidadosamente con finos paños de lino, primorosamente bordados. La Princesa se tranquilizó un tanto, puesto que allí, según veía, todo era distinto al lóbrego Castillo que habían dejado atrás. Por primera vez, desde que su Príncipe la dejó sola, sonrió.

Pero aún le aguardaban otros descubrimientos.

2.-

La primera de las variadas sorpresas que le aguardaban fue comprobar, aquella misma noche, que la Reina Madre había dejado de ser vegetariana. No faltaron las hortalizas y legumbres en la suculenta cena que les fue servida, pero sólo como acompañamiento de asados y empanadas, tanto de carne como de pescado. Todo ello exquisitamente cocido y en su punto. El vino, por supuesto, no fue escatimado, ni siquiera a los niños, por lo que Día se mostró muy contento y, al final de la cena, les obsequio con unas cuantas cabriolas y volteretas que merecieron, en lugar de una reprimenda de su severa abuela, como temía la Princesa, unos ligeros aplausos benevolentes. Luego, la Reina Madre le ordenó aproximarse y, tomando con mucha delicadeza un pedacito de carrillo de su nieto entre los dedos, murmuro:

—Delicioso, delicioso...

Tras lo cual dio por concluida la velada, y todos se fueron a la cama.

Cuando la Princesa llego a su aposento, lo hallo tan confortable y bien amueblado como el resto de las habitaciones. También ardía allí un buen fuego, y se sintió suavemente adormecida por el bienestar que se respiraba, en contraste con lo que había vivido tras la partida de su marido hacia las tierras de Zozogrino. Incluso le recordaba sus días de infancia en el castillo de sus padres, y el calor de su amada nodriza. La dulzura y la ensoñación de los recuerdos, junto a los vapores del abundante vino de la cena, iban apoderándose de ella, mientras la anciana de ojos de lechuza la desnudaba.

Estaba a punto de acostarse en el gran lecho, cubierto de sábanas perfumadas de espliego, cuando se dio cuenta de que una espesa cortina de yedra tapaba casi completamente sus ventanas. No dijo nada, entre otras razones porque hablar con la vieja doncella hubiera sido igual que hacerlo con un muro, pero se acostó con una mezcla de bienestar, curiosidad y desasosiego, que pronto el sueño desvaneció.

Era muy tarde cuando el sol, abriéndose paso con un gran esfuerzo entre las hojas de yedra, consiguió penetrar en la habitación de la Bella Durmiente. Hacía rato que los pájaros revoloteaban en el jardín y en los bosques que les rodeaban. Por primera vez, la Princesa presto atención a sus parloteos, puesto que vinieron a su memoria las lecciones que su nodriza le había impartido sobre el lenguaje de los pájaros.

Y lo que les oyó decir, cada vez más claramente, fue:

—Niña, niña, escapa de este lugar...

Aunque pronto se extinguió el parloteo de los pájaros, y la vieja doncella entro para bañarla y vestirla, la Princesa quedo con cierta inquietud dentro del corazón.

Pero, lo que creía entender por la mañana, lo desechaba más tarde, pues todo en la casa parecía apacible y agradable. Sus hijos estaban contentos, el sol doraba sus mejillas, y correteaban felices por el jardín, como no habían podido hacerlo en el viejo castillo.

Un día, contemplando la yedra, que tapaba sus ventanas de tal forma que a duras penas podía ver el jardín ni los bosques, dijo:

—Yedra, amiga yedra, ¿por qué cubres como una cortina mis ventanas?

Y entonces, por vez primera en su vida, entendió las voces de la yedra, a través de la brisa que se filtraba entre sus hojas:

—Niña, querida niña, cubrimos tus ventanas para que nadie, ni los pájaros, ni los bosques, ni las altas ramas del jardín vean lo que ocurre dentro de estos muros.

Un frío viento se levanto, de pronto, allí fuera.

—Yedra, querida yedra, yo era tu amiga cuando, siendo niña, trepabas tú por la muralla del castillo de mis padres... ¿Es que no te acuerdas de mí?

—Niña, querida niña, cuando tú jugabas en el castillo de tus padres, y contemplabas la yedra con sus flores moradas, que tanto te gustaban, no era a mí a quien veías, sino a la abuela de mi bisabuela. Y ella contó a su hija y su hija a su hija y su hija a su hija, hasta llegar a mí, quien eres tú. Y por eso te queremos y conocemos, y por eso nuestras hojas están llenas de lágrimas.

La Bella Durmiente tocó las hojas de la yedra, y notó en sus dedos una humedad fresca y reluciente, como el llanto de un niño.

Pasaron algunos días, y una tarde, los niños Aurora y Día jugaban en el jardín, bajo las ventanas de su abuela.

La Reina Madre les veía ir y venir, oía sus risas y su parloteo. Aquellos días al aire libre les habían sentado muy bien, su piel había tornado un tinte suavemente dorado, sus mejillas se habían sonrosado y sus ojos brillaban de alegría. Día, especialmente, había engordado bastante, y sus rubios rizos brillaban al sol de la tarde como un casco de oro.

La Reina Madre estuvo contemplándole largo rato.

Cuando llegó la noche y todos en la casa estaban ya acostados, la Reina hizo llamar a sus aposentos a Rago, el cocinero. Rago era un buen hombre y un excelente cocinero. Habitaba en las buhardillas de la casa, junto a su mujer y sus hijos de cinco, tres y un año. No hacía mucho tiempo que había entrado al servicio de la casa, y estaba muy contento de tener aquel trabajo, porque, entre guerras y abusos, corrían malos tiempos, y contar con un empleo que le daba alojamiento y comida para él y su familia era una gran suerte. Por tanto, estaba dispuesto a defender su trabajo en aquella mansión a costa de cuanto le fuera posible soportar. Pero después de oír a su señora, comprendería que aquello que iba a tener que soportar rebasaba todo lo imaginable.

Ya cuando uno de aquellos personajes que rodeaban a la señora le vino a buscar para llevarlo a presencia de su ama, un extraño presentimiento le lleno de angustia. Y, al quedarse a solas con su mujer, se miraron con la misma sospecha, algo que no se atrevían a decir, ni siquiera en la más estricta intimidad. No se dijeron, pues, nada,

pero la mujer de Rago, que se llamaba Erina, le rodeo el cuello con los brazos y le miro con tanta zozobra, que el pobre iba temblando camino a las habitaciones de su señora. Cuando al fin se hallo frente a ella, sólo acertó a hacer una reverencia y a mirar al suelo. Los amarillos ojos de la Reina Madre se mostraban en todo su esplendor: despedían llamas.

—Rago, debes cumplir una orden mía sin la más pequeña vacilación. De lo contrario, el castigo que recibirás será horrible: no sólo para ti, sino también para tu mujer y tus hijos.

Rago, pálido y tembloroso, sentía como si sus piernas no pudieran sostenerle. Creyó que, de un momento a otro, caería al suelo y rodaría por él miserablemente.

Así que, como le fue posible, y con una voz tan débil que parecía más propia de un niño que de un hombre, murmuro:

—Sí, Majestad. Vuestras órdenes serán obedecidas tal y como mandéis.

La Reina Madre guardo silencio, mientras se desplazaba lentamente de un extremo a otro de la estancia. Cuando, al fin, se detuvo, clavó los ojos en los del cocinero —cosa que nunca hacía con un sirviente— y en voz clara, aunque no muy alta, dijo:

—Rago, eres un excelente cocinero. Por tanto, deseo que mañana por la noche me ofrezcas un plato muy especial.

—Como desee Vuestra Majestad —farfullo el pobre Rago, que estaba temiendo lo peor.

—Pues bien —dijo la Reina—, deseo que mañana por la noche me presentes, bien guisado, con nabos y berenjenas, en esa salsa de vino y comino que tú tan bien preparas, a mi nietecito Día. De lo contrario, tus hijos, tu mujer y tú mismo seréis la comida de mi jauría. De modo que ahora, y sin decir palabra, desaparece de mi vista y afánate en cuanto te he mandado... Excuse decirte que ni una palabra debe salir de tus labios y que únicamente Silo, mi montero mayor, sabe lo que te acabo de ordenar.

Tras lo cual, le indico con un gesto que se retirara de sus habitaciones, cosa que Rago hizo con gran diligencia.

Pero cuando el pobre cocinero subía las escaleras que conducían a la buhardilla, las piernas le temblaban tanto que estuvo a punto de caer rodando.

Su mujer le estaba esperando a la puerta de su vivienda. Los tres niños dormían plácidamente, y sólo cuando su mujer, la bondadosa Erina, le tendió los regordetes brazos, él pudo, por fin, romper a llorar con toda su alma, y con frases mal hilvanadas, pero perfectamente entendidas por Erina, le contó la horrible orden que acababa de recibir.

Al principio, Erina se quedo muda de puro espanto. Sólo sabía acariciar la cabeza de su marido y, como él, llorar y llorar.

Los niños dormían tranquilos, el fuego del hogar ardía cálido y apacible, y el mundo, sin embargo —o por lo menos su pequeño mundo que con tanto esfuerzo mantenían—, se estaba hundiendo. La verdad era que durante años los dos habían

temido que ocurriera lo que estaba ocurriendo ahora, ya que los rumores, que viajan rápidos como el viento, habían llegado desde los burgos, aldeas y villorrios hasta sus oídos. Y eran rumores que se referían a la historia de la Reina Madre y llenaban de pavor los corazones de aquellos que los escuchaban.

SEGUNDA PARTE

HISTORIA DE LA REINA MADRE Y ALGUNAS COSAS MÁS

1.-

Hemos de remontarnos muchos años atrás, cuando el difunto Rey se caso con la Reina Madre. En aquellos tiempos se propago por el reino un rumor bastante sombrío: la prometida del joven Rey, una princesa extranjera, procedía de una estirpe misteriosa de la que sólo podía hablarse en la más estricta intimidad, al abrigo de oídos indiscretos o traidores, junto al fuego del hogar y en voz muy baja.

Lo cierto es que el padre de la novia era el Príncipe de los Abundios, un dominio vasto y rico, tan rico que permitía vivir con mucha holgura a sus habitantes, cosa que, en los tiempos en que estas cosas ocurrían, era verdaderamente raro. Aquel príncipe tenía fama de buen cazador, era jovial y generoso, y estas cualidades, además de sus enormes riquezas, habían atraído al padre del príncipe que despertó a la Bella Durmiente.

Era un rey no muy poderoso, llamado Risco, aficionado, como sabemos, a las guerras y a las escaramuzas fronterizas. Entre batallas por aquí y cacerías y festejos por allá —además de tener una cabeza de chorlito—, había conseguido empobrecer su pequeño reino de tal forma que sus gentes estaban muy revueltas e indignadas.

Las riquezas del Príncipe Abundio, entre las que se contaban minas de oro y de diamantes, tenían un origen tan oscuro e insondable que aparecían rodeadas de un halo de misterio, y aún de temor. Si se hablaba de ello, era en voz baja, no sólo en sus dominios, sino más allá de sus fronteras.

Al parecer, el Príncipe Abundio, años atrás, no era precisamente rico ni hermoso. Sin embargo, cierto día, salió de viaje, con rumbo y destino desconocidos, acompañado de un pequeño séquito de su más absoluta confianza. Llevaba una escolta armada de únicamente veinte soldados, pero todos tenían fama de valientes y esforzados.

Al cabo de un tiempo —ni demasiado corto, ni demasiado largo—, el Príncipe Abundio regresó a sus tierras. Y traía con él a una princesa de tierras lejanas, con la que se caso inmediatamente.

La nueva princesa era una joven menuda, de cabellos largos y rizados, que recordaban racimos de uvas negras. Tenía ojos dorados y largas y oscuras pestañas. Se llamaba Floresta, y hablaba muy poco, pero su sonrisa era muy dulce, aunque un poco triste.

En un principio, los súbditos de Abundio no sintieron ninguna simpatía por la nueva princesa. Más bien se decía que les atemorizaba o que, por lo menos, desconfiaban de ella. Sin embargo —y con más rapidez de lo que pueda comprenderse—, el pequeño principado de Abundio, tan arruinado, prosperó. Casi a flor de tierra se descubrieron minas de oro, plata y diamantes, allí donde antes sólo cardos, ortigas y pedruscos la cubrían. En colinas y valles antes resecos y de mala tierra, brotaron pastizales y manantiales insólitos, hasta el momento desconocidos,

que regaron todo el valle con sus aguas cristalinas, e hicieron fértiles las riberas a su paso. Los bosques, escuálidos y ralos se tornaron en poco tiempo frondosos, y la caza, que antes brillaba por su ausencia, los pobló en abundancia. Ciervos, jabalíes, liebres y toda clase de animales abastecían a sus moradores. Los rebaños antes famélicos y escasos, se reprodujeron con una rapidez increíble y lucían hermosos y rozagantes, como jamás se viera. La lana de sus ovejas se hizo famosa en poco tiempo, y aparecieron y medraron los telares y el comercio de tejidos. Viñas repletas de uva proporcionaban vino para dar y vender si tasa. Con todas estas cosas, las gentes se enriquecieron. Llegaron sastres, tintoreros, tejedores, carniceros y viñateros a los poblados, y el principado prosperó. La vida parecía haber dado una voltereta alegre, para bien de todos. Las vacas parían magníficos terneros, los huertos producían legumbres y hortalizas tan exquisitas que pronto se hicieron famosas en toda la comarca, sino más allá de las fronteras: incluso un viejo olmo a punto de secarse ofreció el milagro de unas peras jugosas y doradas, que llenaron de estupor a cuantas personas las vieron y comieron. Claro que ocurrió semejante maravilla una sola vez, pero las gentes del lugar que pudieron apreciarlo recordarían hasta su muerte aquella mañana de primavera en que las ramas del viejo olmo aparecieron cubiertas de flores blancas y, más tarde, de suculentas peras. Sin duda, esta anomalía fue un pequeño error de quien, a no dudar, se ocupaba aquellos días de semejantes transformaciones.

En los primeros tiempos de todos estos cambios y maravillas, las gentes estaban locas de alegría, y, si alguien se preguntó por su origen, no lo hizo en voz alta, ni públicamente. Pero poco a poco, a medida que fue pasando el tiempo y las gentes empezaron a considerar su riqueza como algo natural, llegaron días en que, un poco aquí, un poco allá, rumor viene, rumor va, se extendió la creencia de que la princesa Floresta era en realidad una poderosa bruja extranjera, y que toda la abundancia que había llegado con ella era pura cosa de magia. Que tal y como había aparecido, podía cualquier día esfumarse y dejarles nuevamente en la miseria.

Mas pasaban los días, los meses y los años, los frutos no se secaban, terneros y cabritos triscaban alegres y lozanos por las praderías, ahora siempre verdes y cubiertas de flores, y el oro y los diamantes de las minas no desaparecían al tocarlos, como anunciaran los agoreros. Todo lo contrario. Abundio (que tenía muchísimos defectos pero no era tacaño) procuraba que todo su pueblo se beneficiara en forma justa de cuantas riquezas daba el reino, y las hambrunas y miserias que habían hecho estragos tiempo atrás eran sólo un mal recuerdo para las gentes de aquel vasto dominio. De modo que las murmuraciones que se habían levantado como un susurro, como un susurro desaparecieron.

Pasó aún más tiempo sobre tiempo, y un buen día la Princesa Floresta dio a luz una niña. Hubo grandes festejos para celebrarlo, con las consiguientes fuentes de vino

blanco y vino tinto para el pueblo, y raciones extraordinarias de carne y trigo para los más pobres, que no eran muchos, ni lo eran tanto.

Las fiestas duraron casi treinta días y, al final, un nuevo rumor se extendió:

La princesita ha nacido con toda la dentadura. Y, para más señas, es tan blanca y afilada que no se ha podido encontrar en todo el principado una nodriza capaz de amamantarla.

Y esto, en verdad, no eran sólo rumores. La princesita lucía una dentadura que bien hubiera querido para sí mismo su propio padre. Así que, después de comprobar como la niña rechazaba con muestras de profundo asco cualquier clase de leche y papilla, fue alimentada con carne picada y casi cruda.

Pero también, como en tiempos pasados, los murmullos fueron desapareciendo y aquellas voces de alarma se apagaron como se habían encendido.

Y la niña creció. Se llamaba Selva.

2.-

Cuando la pequeña Selva tenía catorce años, empezaron a ocurrir cosas bastante extrañas. Ya tenía edad de contraer matrimonio y, como era la única hija de Abundio y Floresta, sus padres se preocuparon mucho por encontrar un marido adecuado, que pudiera darles más herederos y seguir con ellos gobernando su patrimonio. Pero a Selva todo esto parecía importarle muy poco. Se mostraba díscola y rebelde a toda costumbre establecida, y su carácter y voluntad eran tan fuertes que llegó a tener amedrentados, no únicamente a sus padres, sino a cuantos la rodeaban. Se burlaba de sus maestros, como hizo antes de las niñeras y nodrizas que habían intentado imponerle. Sólo le gustaba cazar y galopar sobre su caballo. Tomó a su servicio un montero, llamado Silo, que la seguía a todas partes como un perro fiel. Era un hombre de edad madura, completamente calvo, y de ojos tan negros que parecían no tener fondo. La seguía a todas partes, como los dos lebreles que la escoltaban día y noche, e incluso dormían a los pies de su cama.

Existía, algo apartada de su residencia, una vieja casona casi olvidada. Ella la hizo restaurar y a menudo pasaba largas temporadas en ella, rodeada de sus cazadores, su montero Silo y los lebreles. Los bosques que la rodeaban parecían ser de su agrado, y sus padres no se atrevían a impedirle aquellas retiradas, que empezaban a llenar de sospechas y murmuraciones a las gentes del entorno. Porque fue entonces, precisamente, cuando empezaron a ocurrir cosas extrañas.

Primero uno, luego otro, más tarde dos o tres, los niños que se adentraban en el bosque que rodeaba el caserón desaparecían sin dejar rastro. Y las madres empezaron a prohibir a sus hijos que fueran allí, en busca de frambuesas o moras, aunque fuera el lugar donde más grandes, jugosas y aromáticas crecían.

Al principio nadie relaciono estas desapariciones con las visitas de Selva. Pero, poco a poco, volvieron a extenderse viejos rumores relacionados con la brujería de su madre y su extraña conducta, además de recordar la rareza que había acompañado su nacimiento: la dentadura completa y, en lugar de lactancia, bolas de carne picada y casi cruda. Los rumores, como los mitos, se parecen mucho a la niebla, que va extendiéndose de pueblo en pueblo y acaba medio borrando la realidad, aunque no su origen.

Así que un día aquellos rumores y aquel temor llegaron a oídos de Abundio y Floresta. Se miraron a los ojos, y en sus miradas estaba encerrado, como en un cofre de cien Haves, un antiguo secreto. Tuvieron una larga conversación a solas y, para poner fin a los misterios que tenían soliviantado el castillo y sus alrededores, anunciaron que la Princesa Selva debía contraer matrimonio enseguida. Floresta, encerrada en su habitación, lloró mucho. En efecto, era bruja, pero tanto ella como su marido sabían que su brujería era más blanca que la nieve; y no sólo no había hecho daño a nadie jamás, sino todo lo contrario, pues repartía sus benéficos poderes allí por donde pasaba. Y bien claro estaba cuanto había favorecido al país que la había acogido, transformándolo en un lugar rico y feliz, allí donde sólo había encontrado miseria y desolación. Si esto obedecía a artes de brujería, o a ensoñaciones o fantasías colectivas, era algo que nadie tenía ganas de poner en claro.

Así estaban las cosas cuando, cierto día, tras perderse durante una cacería, apareció por aquellas tierras un joven rey, belicoso y ligeramente estúpido, aunque bastante agradable e incluso atractivo. Se había extraviado durante una cacería y pidió asilo en el castillo de Abundio. Fue acogido con todos los honores, porque la aureola de su rango le acompañaba allí donde fuese, y durante el banquete con que Abundio y Floresta le obsequiaron el primer día, ya constataron todos los presentes cuanto le gustaba el vino, del que daba buena cuenta. Afortunadamente, las muchas libaciones no le convertían en una bestia, o en una masa de carne ridícula, sino que antes bien todos comprobaron que podía contenerse y no perder sus buenos modales, cosa que, como sabían Abundio y Floresta, denota la buena clase de la gente. Todo lo más, permanecía en silencio y con una mirada estupefacta que, rápidamente, era bien comprendida por los que le rodeaban, y sin dilación lo llevaban a la cama.

Pero al mismo tiempo que las gentes del castillo pudieron darse cuenta de su afición a las libaciones, hubieran estado ciegos de no percibir cuanto, y hasta qué punto, le había impresionado la belleza salvaje y misteriosa de la princesita Selva. Ella permanecía en silencio, como de costumbre, y apenas si dirigía la mirada, de tanto en tanto, al joven rey.

El joven rey, que se llamaba Risco, retraso su partida del castillo cuanto le fue posible. Acompañaba a Selva en sus cacerías, y le mostraba, cuando le era posible, el amor que, día a día, iba llenando su corazón. Y Selva se limitaba a mirarle lentamente

y en silencio. Por todo lo cual Zaganniel creía que la muchacha estaba de acuerdo con sus pretensiones. Las suyas y, por supuesto, las de sus padres. Tan bien fue manejada la situación por Abundio y Floresta, que al cabo de poco tiempo se anunció la boda de los dos jóvenes. Se casaron en la capilla del castillo y fueron invitados cuantos vasallos y señores tenían derecho a ello. El pueblo lo celebró por todo lo alto, las fuentes de vino blanco y tinto corrieron en abundancia y la carne y el pan fueron distribuidos generosamente. Los bailes se prolongaban hasta bien pasada la madrugada, y todo era, al parecer, alegría y jolgorio. Al fin, una mañana, los jóvenes esposos partieron, con séquito verdaderamente fastuoso, hacia el reino del joven Zaganniel.

Pasaron los días, los meses, y la joven Reina Selva dio a luz un hijo. Era una criatura bellísima. Creció fuerte y robusto, y no tardó en dar muestras de una gran imaginación. Al contrario que su padre, que sólo estaba contento si se preparaba alguna guerra o escaramuza vecinal, el joven príncipe abominaba la violencia, y se sentía atraído por la poesía, la música y las aventuras románticas. Leía o escuchaba con emoción toda clase de leyendas y canciones de poetas errantes, a los que acogía en el castillo y cubría de honores y halagos.

Tenía los ojos tan azules como jamás se habían visto en aquel reino. Y, por estar este muy alejado del mar y soñar sus habitantes en él, le pusieron el nombre de Azul. Y es así como, con el nombre de Príncipe Azul, ha permanecido en la leyenda. En esta y en otras muchas.

Y fue también así como, llevado por su afición a las historias fantásticas, tuvo conocimiento de que una bellísima princesa llamada Bella Durmiente llevaba cien años encerrada en un castillo, sumida en un larguísimo sueño.

Y así también fue como, un buen día, llegó el Príncipe Azul hasta el castillo de la Bella Durmiente, y con un beso de amor la despertó, no sólo a ella, sino a cuantos la rodeaban.

Pero ésta es una historia de todos conocida, y no vamos a detenernos en ella.

3.-

Estaban Rago y su mujer llorando, tras conocer la orden de la Reina Selva, cuando oyeron llamar suavemente a su puerta. Con manos temblorosas, Erina la entreabrió, y casi se desmaya cuando vio que se trataba del montero Silo.

El montero Silo era una criatura tan misteriosa y, aún más, tenebrosa, que en el castillo y en la mansión era casi tan temido como su ama.

Silo procedía de lejanas tierras y, por tanto, hablaba una lengua desconocida para

todos. Sin embargo, había algo que les llenaba de curiosidad: a veces hablaba con Berro, el hijo mayor de Rago, que sólo tenía cinco años, pero que, al parecer, le entendía perfectamente. Y no sólo le entendía, sino que eran amigos. Silo le traía del bosque pájaros vivos, sin la menor herida, y les acostumbraban a volar sin miedo junto a ellos. También solía traerle fresas silvestres, grosellas y zarzamoras, y, en cierta ocasión, un pequeño ciervo cuya madre había muerto y que vagaba perdido por el bosque. Así que, dado su natural hosco y terrible, aquella amistad con el pequeño Berro llenaba de asombro a Rago y Erina, que por un lado le temían, como todo el mundo, y por otro no sabían que pensar del cariño que el niño le profesaba.

Silo entro sigilosamente en la vivienda del cocinero y murmuro algunas palabras, pero ninguno de los dos le comprendió. Entonces Silo busco la camita donde dormían los hijos de Rago y Erina y, acercando sus labios al oído de Berro, murmuro unas palabras.

Berro se incorporo y, como sonámbulo, empezó a traducir las palabras del montero:

—Yo, Silo, no deseo más muertes. No quiero matar al Príncipe Día. Dile a tu padre que mataré un cabritillo tierno y gordito, lo traeré y él lo guisara con nabos, como quiere la Señora, y lo servirá a su mesa. Y esconded al chiquillo Día allí donde la Reina Selva no lo encuentre, o todos moriremos.

Silo salió tal como había llegado, lo más silenciosamente que pudo. Berro volvió a recostar su cabecita en la almohada y continuó durmiendo. No se había enterado realmente de nada.

Rago y Erina se abrazaron, aliviados. Pero, en cuanto amaneció, todas las preocupaciones y angustias volvieron a ellos. Ahora venía lo más triste y difícil. ¿Quién se sentía capaz de decirle a la Princesa lo que iba a suceder? La verdad es que ninguno de ellos. Y así fue como, nuevamente, Silo les alivio de sus deberes. Día dormía plácidamente junto a su hermana Aurora. Silo le despertó y, con su rara habilidad para hacerse entender a través de Berro, les explicó, a él y a su madre, que le llevaba a cazar, según había dispuesto la Reina Madre. Día se vistió, muy contento, sus altas botas, su sombrero adornado con una pluma roja, y tomó la pequeña jabalina que le había regalado su padre, el Príncipe Azul, antes de partir para la guerra. Aún no la había estrenado y, como casi todas las cosas que no conocía, le llamaba mucho la atención. Su madre, la Princesa, estaba muy asombrada, pero, cuando le dijeron que eran ordenes de su suegra, no dijo nada, ya que tampoco lo hubiera podido impedir, de haberlo querido. Así que beso a su hijo con más cariño que de costumbre, porque un raro presentimiento la invadía, y le dejó partir con el montero.

Y cuando Silo monto al pequeño Día en su caballo y salió con el de la casa para internarse en el bosque, la Reina Madre los vigilo desde su ventana, hasta verles desaparecer en la oscuridad de la espesura.

Sin embargo, al poco rato, Silo regreso con el pequeño Día y entró sigilosamente

en la casa, por la puerta que daba a la cocina. Allí le esperaban Rago y Erina. Envolvieron al niño en una manta, para que nadie oyera sus gritos de protesta, y lo subieron hasta las altas buhardillas. Una vez allí, le recomendaron silencio, si quería salir vivo de aquel trance. Día era un muchachito travieso y revoltoso, pero de ninguna manera tonto. Así pues, comprendió lo fundamental de aquella advertencia y acató las órdenes del cocinero y su mujer. Lo instalaron como mejor pudieron en la buhardilla contigua a la vivienda de Rago. Le rodearon de sus juguetes preferidos, le habilitaron una cama lo más mullida posible y taparon las rendijas de la puerta con cuantos trapos encontraron, para que no se escaparan por ellas ni el resplandor de las velas, ni los ruidos que el niño pudiera hacer.

Cuando llegó la noche, Rago cocinó un cabritillo tierno y regordete, como podría haberlo sido el pequeño Día. Lo aderezó con nabos tal y como le había sido ordenado y cocinó la salsa que tanto le gustaba a la Reina Selva, para acompañar la carne.

Tanto Rago como Erina temblaban, esperando lo que diría la Señora después de comer el cabritillo. Pero sentían más angustia, si cabe, por lo que le esperaba a la pobre madre del niño. Siguiendo las órdenes de la Reina Madre, el montero dijo a la Princesa que Día se había adentrado demasiado en el bosque y se había perdido entre sus árboles. «Seguramente se lo han comido las alimañas y las malas criaturas que lo pueblan», añadió.

La pobre Bella Durmiente sintió como si le clavaran un puñal en el corazón, se desmayó y tardó mucho en reponerse de aquella horrible noticia.

Por el contrario, la Reina Selva devoró el cabritillo con gula contenida durante mucho tiempo, y rechupeteó los huesecillos, creyendo que pertenecían al pequeño Día, con tanta pasión, que sus pálidas mejillas se colorearon, y sus ojos de azufre brillaron de tal forma que casi se podrían haber ahorrado los candelabros de la mesa. Finalmente, cuando hubo dado cuenta del cabritillo hasta la última ternilla, comentó:

—En su punto.

Y mando felicitar al pobre Rago que, en la cocina, temblaba, agarrado al delantal de Erina. Sólo entonces se abrazaron y lloraron los dos, un poco de alivio, un poco de terror.

A todas éstas, la pobre Princesa no podía consolarse de la ausencia de su niño. Una gran tristeza la llenaba. Y el invierno llegó a aquellos parajes. A través de las ventanas, donde sólo quedaban los esqueletos de la yedra amiga, la Princesa y su hija Aurora contemplaban caer los primeros copos de nieve. Sobre los bosques, la niebla iba tendiendo un velo de soledad y, allí arriba, el cielo aparecía blanco y resplandeciente. Luego la nieve lo cubrió todo, y los mismos bosques parecían nubes blancas, caídas de lo alto.

Dentro de la casa, sin embargo, los tapices, alfombras y grandes fuegos les abrigan del frío y de las inclemencias del invierno.

En la gran sala donde solían pasar gran parte del día, la Reina Madre contemplaba el ir y venir de su nieta Aurora, que jugaba con su perrito. Parecía muy complacida en

aquella contemplación.

Aquella misma noche, volvió a llamar al cocinero Rago.

—Quiero que mañana por la noche me sirvas en la cena, con salsa de setas, a mi nietecita Aurora. Si no cumples mis órdenes, ya sabes lo que os sucederá... a ti y a tu familia.

El pobre Rago corrió escaleras arriba, en busca de su querida Erina, sin la cual, según se ve, no sabía dar ni dos pasos.

—Erina, querida Erina —sollozó—, ahora quiere comerse a la Princesita Aurora...

—Calma, calma —dijo Erina, que ya empezaba a sentirse experta en la materia—. Lo primero que debemos hacer es llamar a Silo, el montero.

No hubo necesidad de hacerlo. Como la otra vez, el montero acudió a su buhardilla y, a través del dormido Berro, les comunico que debían cocinar una ovejita, y esta ovejita, como el cabritillo anterior, la traería él sin ningún esfuerzo. Sólo debían cocinar según los gustos de la Reina Madre, cosa que él no podía hacer, pero Rago si.

—Sí —dijo Erina, que era la más decidida de los tres—. Lo haremos tal y como dice Silo, y la engañaremos como la otra vez.

Así lo hicieron. Cuando la Princesa estaba descuidada, Erina se llevo a Aurora a lo más alto de la buhardilla, recomendándole que, sobre todo, no dijese nada ni hiciera ningún ruido, porque sus vidas corrían peligro. Después, con toda clase de precauciones, la hizo pasar allí donde permanecía el Príncipe Día, bastante aburrido el pobre. En cuanto vio a su hermana, salto de alegría y corrió a abrazarla. La Princesita Aurora, al ver que su hermano estaba vivo, casi se desmaya de alegría y apenas tuvieron tiempo de entristecerse por las cosas que estaban ocurriendo. Erina se encargo de infundirles esperanza:

—No temáis —les decía—, este escondite durara poco tiempo, puesto que en cuanto regrese vuestro padre, nuestro futuro rey, las cosas serán muy diferentes para todos nosotros.

—¿Y mama...? —preguntaron los niños, inquietos.

—No temáis por ella. Nosotros la protegeremos como os hemos protegido a vosotros... Pero por lo que más queráis en este mundo, por el cariño que le tenéis a vuestra madre, por favor, no hagáis ruido.

Les habían despojado de sus zapatitos dorados y habían envuelto sus pies con trapos, para que no se oyeran sus pisadas. Ellos lo comprendían muy bien, y sus juegos eran tan silenciosos como si se tratara de niños mudos. Inventaron un lenguaje de signos, tan original y útil que, parece ser, todavía se utiliza en nuestros días.

Lo que no podían hacer era correr, ni, por supuesto, gritar. Y hay quien dice que fue así como inventaron —o recuperaron— el juego de las damas, y el del parchís. Aurora daba de comer, vestía y acostaba a sus muñecas, y Día la ayudaba y también la llevaba con el de cacería por entre los muebles. Y estas cosas son fáciles de

comprender, porque para los niños unas cuantas sillas o taburetes pueden convertirse fácilmente en bosques, un palo en una ballesta, un zapatito dorado, que no se utiliza, en una liebre, un conejo, o, incluso, un jabalí.

Por otro lado, la alacena donde guardaban los víveres era el hogar de las muñecas de Aurora, y estas dormían con gran paz entre la miel, el requesón y las empanadas.

Como la vez anterior, el montero Silo mato una ovejita de apenas un año, y Rago la aderezó con todo esmero, según las instrucciones de la Reina Selva. De todos modos, hasta que no la probara, el temor llenaba su corazón. Sentado en el banco de la cocina, frío y tembloroso, pese a estar cerca del fuego, guardaba el veredicto de la Señora.

Según dijeron los sirvientes que le habían servido el plato, Selva quedó un rato pensativa ante las suculencias de la fuente. Hacer pasar un cabritillo por el Príncipe Día no era demasiado complicado, pero una ovejita y la Princesa Aurora presentaban apariencias muy diferentes. Buen cuidado había tenido Erina en cortar en pedacitos menudos aquella carne, y cubrirla con las sustanciosas cebollas y setas que aderezaban su salsa, pero, de todos modos, la Reina Selva era muy astuta. Para bien de todos, la gula —y sobre todo si se tiene en cuenta que la Reina Madre había padecido severas abstinencias desde que se caso— suele embotar y ofuscar el más claro entendimiento. En honor a la verdad, el guiso estaba exquisito, y la Reina lo devoro en un santiamén con todo lujo de rechupeteo de huesos, olvidando cualquier norma de comportamiento, ni siquiera los sucintos propios de la época.

Y al final del banquete, volvió a llamar a su presencia a Rago y le dijo:

—Mas que en su punto. Si sigues así, te daré un titulillo y te asignare algunas tierras por ahí.

Rago se inclinó en una profunda reverencia, pero en modo alguno estaba dispuesto a ser nombrado lo que fuera, ni a aceptar cualquier tierra de que se tratase, si tenía que estar a las ordenes de semejante energúmena.

Estas cenas tenían lugar en la intimidad de los aposentos de la Reina Madre, cuando se suponía que la Princesa y sus hijos dormían desde hacía rato.

Al día siguiente, sin embargo, la Princesa se despertó muy temprano, cuando apenas el sol penetraba por entre los restos de la yedra marchita.

—Despierta, niña, despierta —decían los rayos del sol—. Si un día echaste en falta a tu hijito Día, ahora te han arrebatado a tu hijita Aurora.

Desesperada, la Princesa se abalanzó hacia la camita de Aurora, que, desde la desaparición de Día, había mandado instalar a su lado. Cuando la vio vacía, se sintió al borde de la desesperación. Gritaba y lloraba, pidiendo que le devolvieran a sus hijos. Hasta que, por fin, y tras el silencio de su doncella y de los raros y abominables sirvientes —criaturas que ella imaginaba pertenecían a otro mundo tenebroso—, la Reina Selva se digno aparecer y, abrazándola hipócritamente, fingió una gran pena, mientras decía:

—Tus hijos han sido devorados. Primero Día, que se empeño en ir de cacería con

Silo, aunque yo se lo había prohibido... Y ahora Aurora, que escapó de noche para ir al encuentro de las hadas, y ha sido devorada por los lobos.

Había ordenado a Silo teñir de sangre un jirón de las ropas de Día y un zapatito de Aurora. De modo que, mostrándolos, consiguió que la pobre madre la creyese y se hundiera en una profunda tristeza.

La Princesa no se consolaba de la pérdida de sus niños y, en lo más profundo de su ser, alentaba la sospecha de que su suegra la estaba engañando. Recorría las habitaciones de la enorme casa y lloraba sin cesar. «¿Dónde está mi niña Aurora? ¿Dónde está mi niño Día?». Y se horrorizaba pensando en la llegada de su esposo, el Príncipe Azul, a quien no sabría cómo explicar unas desapariciones tan fulminantes y sangrientas. Así que lloraba y lloraba, y estaba casi a punto de volverse loca.

La Reina Selva la llamó a sus aposentos y le dijo:

—Niña, tienes que hacerte a la idea de que tus hijos han desaparecido devorados por los lobos, o quien sabe por quién. Ten en cuenta que las desapariciones de niños son bastante habituales en esta comarca, donde estamos rodeados por bosques misteriosos, a los que no permito entrar a los villanos, exceptuando a mi montero Silo, que nos provee de abundante caza. Tus niños, si he de ser sincera, eran unas criaturas muy revoltosas y curiosas, y, desobedeciendo mis órdenes, entraron en el bosque. Pero, en fin, no debes llorar demasiado, porque, cuando regrese mi hijo, podrás tener muchos más hijos y olvidarás a Día y a Aurora.

La Princesa quedó absolutamente horrorizada, ante las palabras de su suegra. ¿Cómo era posible olvidar a la dulce Aurora y al encantador y retozón Día...? Llena de zozobra y desánimo, regresó a su habitación y, por algunos instantes, pensó que, si no fuera por el recuerdo del Príncipe Azul y la felicidad que con él, hasta el momento, había vivido, hubiera deseado no despertar de su largo sueño para encontrarse en un mundo tan feroz, malvado y desconocido.

Así paso el invierno, y un día amaneció la primavera. Comenzó el deshielo, y la Bella Durmiente contemplaba desde su ventana el manar de los arroyos. Y allí, distante, de repente descubría a una cierva entre los árboles, que iba a beber en él con sus hijos recién nacidos. Al verlos, se llenaba de pena su corazón, se acordaba de Aurora y Día, y lloraba, y volvía a preguntar a la yedra, que de nuevo invadía sus ventanas:

—Yedra, amiga yedra, dime... ¿Qué sabes de mis hijitos Aurora y Día? ¿Es verdad que los devoraron los lobos, o están vivos en algún lugar que yo desconozco?

Pero la yedra era demasiado joven y nada sabia; y los pájaros cuyo lenguaje entendía la Princesa no habían regresado aún de las tierras calientes, y los que aún quedaban estaban ocultos en el bosque, y nada podían decir a la Princesa. La vieja sordomuda continuaba preparándole el baño, la cama, los vestidos, pero ni siquiera parecía darse cuenta de sus lágrimas.

Únicamente Erina, en cierta ocasión, con la excusa de traerle un pastel recién cocido por su marido, acercó los labios a su oído y murmuró:

—No perdáis la esperanza, Princesa.

Y la miró de tal modo, que por un momento ella pensó que todo había sido un mal sueño y que, en el momento menos esperado, despertaría y volvería a ver a sus niños y a su amado Príncipe Azul junto a ella. Y que todos volverían a ser tan felices como antes.

TERCERA PARTE

LA MADRE Y LOS NIÑOS

1.-

Día tras día llegó, por fin, el verano. Después de que las nieves y el hielo se derritieran, y se desbordaran los riachuelos, asomaron los primeros tallos verdes y resplandecientes bajo el sol. La tierra y los bosques se cubrieron de flores, los árboles se llenaron de frutos, y se alzaron los trigos en los campos.

Así fue como, una vez más, por los siglos de los siglos apareció, esplendoroso, el grande y hermoso verano.

Pero para la Princesa no existían ni verano, ni trigales, ni árboles cargados de frutas. Sólo tenía en su mente a sus hijos, y a su Príncipe Azul.

Una mañana, un rayo de sol más potente que los otros atravesó la yedra, y llegó hasta su lecho. Estaba allí, en la almohada, junto a su rostro, cuando la Bella Durmiente le oyó decir:

—Baja al jardín, Princesa, y no tengas miedo, porque este verano guarda para ti una gran pena, pero también la más grande de las alegrías... Y la felicidad volverá a ti.

Entonces la Princesa pensó: «La pena que llevo dentro del corazón no puede ser más grande, de modo que nada pierdo con bajar al jardín y aguardar esa felicidad que el verano me anuncia...».

Ordenó a la vieja lechuza que le vistiese sus más preciosas galas. Una túnica blanca, con cenefas y bordados dorados, velos del tono de la aurora y pendientes del verde esmeralda que cubría las colinas. Mando trenzar su cabellera rubia con cintas de seda blancas y doradas, y calzo los zapatitos bordados con perlas que había lucido el día, tan lejano y feliz, de su boda con el Príncipe Azul. En aquel día, todo parecía despertar, la vida y el amor, para la Bella Durmiente. Ahora todo parecía engalanarse para el día de su muerte. Este pensamiento le hizo derramar muchas lágrimas. Pero aun así bajo al jardín, que se hallaba en aquel momento resplandeciente de luz, perfume y color.

El sol y la brisa la recibieron y, por primera vez después de tanto tiempo, se sintió viva y esperanzada. Empezó a recoger florecillas para hacer un ramillete que le recordara a sus hijos y, mientras cortaba los tallos, creyó oír las risas y voces de Aurora y Día.

—¿Sabéis vosotras dónde están mis hijitos? —pregunto a las flores.

Pero de aquellas flores, que eran muy pequeñas y tempranas, sólo brotaban gotas de agua, como diamantes o como lágrimas.

La brisa y el sol volvieron a las pálidas mejillas de la Princesa, de forma que al cabo de corto tiempo su piel volvía a tener el color de las rosas, y sus ojos el brillo del sol.

Algunos días más tarde, desde su ventana, la Reina Selva contemplaba el ir y venir de su nuera entre las flores del jardín. El aire traía, en aquellos momentos, el olor del pan reciente que acababa de cocerse en los hornos de Rago. Un par de águilas volaban lentamente sobre las cumbres. La Reina Selva aspiró con deleite todos los aromas recién despertados por la brisa que el bosque conducía hacia su ventana (y los de la cocina). El olor dorado del pan recién hecho traía a su memoria efluvios de asados succulentos y exquisitos guisos. Las fosas de su nariz se ensancharon de forma poco corriente —más bien increíble— y apareció entre sus labios el brillo de dos largos y afilados colmillos.

Poco después, llamo a Rago. Esta vez, el pobre cocinero apareció ante ella más pálido que de costumbre, y temblaba tanto que apenas podía dominarse.

—Rago —dijo la Reina Selva sin compasión, mirándole tan fijamente que Rago se creyó traspasado por largas agujas—. Como las veces anteriores, cumplirás mis órdenes a rajatabla. De lo contrario, ya sabes lo que os espera a ti y a tu familia. En fin, no nos andemos con rodeos: mañana por la noche quiero que guises, con la mejor de tus salsas y aderezos, a mi nuera la Princesa.

Esta vez, el pobre Rago ya no sabía a qué atenerse. Corrió, como era habitual, a refugiarse en los brazos de su valerosa mujer. Al oírle, Erina no pudo ocultar su abatimiento.

Hasta aquel momento habían logrado engañar a la malvada Reina, pero si con los dos niños resulto difícil, con la madre la cosa tomaba un cariz verdaderamente catastrófico. Porque, se decían, un cabritillo y una oveja bien guisados, pueden pasar por un niño y una niña, pero una mujer como la Princesa era cosa bien distinta. Aunque esta ofreciera el aspecto y lozanía propios de una joven, lo cierto era que contaba ya más de cien años, y por tanto, ¿dónde encontrar una carne de apariencia tersa y rozagante, pero que, a la vez, tuviera la dureza y resistencia que sólo dan los años, como sin duda era la carne de la Bella Durmiente...? Sus tendones, su textura, debían de ser bien diferentes a los de una jovencita, aunque su aspecto no lo indicara. Cien años son cien años, lo tomes como lo tomes.

La Reina Ogresa —la llamaban en secreto de esta manera y era el título que más le convenía— no era tonta, y no se dejaría engañar con facilidad.

Estaba el matrimonio lamentándose, diciéndose que es lo que podrían hacer, y sospechando que habían llegado ya al fin de sus días, cuando apareció nuevamente el buen montero Silo y llamó quedamente a la puerta. En cuanto lo vieron, le hicieron entrar en la buhardilla con todo sigilo. Y sus corazones, nuevamente, se llenaron de esperanza.

El montero Silo les tranquilizó con un ademán. Inmediatamente se acercó a la camita donde dormía Berro, acercó los labios a su oído, y el niño se incorporó. Sonámbulo, repitió y tradujo las palabras, como en las anteriores ocasiones:

—No os preocupéis, yo mataré una cierva en el bosque, porque una cierva es lozana y tersa, pero su carne es dura e incluso correosa. Guísala tal y como te ha ordenado la Reina Selva y esconde a la Princesa junto a sus hijos.

—¡Qué Dios se apiade de nosotros... y que regrese pronto nuestro Príncipe Azul de las tierras de Zozogrino! —gimió Rago.

—Buena falta nos hace... —dijo Erina—. Pero no perdamos más tiempo.

A la mañana siguiente, el montero se internó en el bosque, ocultándose entre la maleza. Al cabo de unas horas, cazo una hermosísima cierva. Luego, con muchísimas precauciones —no en vano era un viejo cazador y conocía toda clase de argucias, vericuetos y escondrijos para no ser visto—, la llevó a la cocina de Rago. Entre los dos, descuartizaron rápidamente al animal, de modo que, si alguien entraba, no pudiera adivinar de qué clase de pieza se trataba. Entretanto, Erina fue en busca de la Princesa y le dijo:

—Señora, hacedme caso, sólo deseo vuestro bien. No me preguntéis nada, pero si deseáis salvar la vida, recoged cuanto podáis de vuestras pertenencias y acompañadme, con toda la cautela y silencio que os sean posibles.

La Princesa confiaba en Erina, porque era la única que la miraba con ojos cariñosos, y la había visto llorar cuando desaparecieron Aurora y Día. De modo que, haciendo cuanto ella le dijo, la siguió escaleras arriba.

Así pues, mientras Rago cocinaba con toda clase de aderezos la cierva, Erina condujo a la Bella Durmiente a la buhardilla, y es fácil imaginarse la inmensa alegría que tuvo ésta al encontrar vivos a sus hijos, y la alegría de ellos al reencontrar a su madre. Se le colgaron del cuello, y la cubrieron de besos, y ella a ellos, pero tenían que hacerlo muy silenciosamente, para que nadie les oyera. Y sus lágrimas de alegría y de tristeza se mezclaron; con sus risas sofocadas. El pequeño Día saltaba sobre sus piececitos envueltos en trapos, y él mismo se ponía un dedo sobre los labios para recomendarse a sí mismo, y a los demás, silencio. No es fácil tener que vivir preocupado por no hacer ruido alguno, especialmente cuando se es un niño alegre, juguetón y lleno de vida como lo era el pequeño Día.

Entonces la Princesa recordó lo que había oído decir a la yedra: «Te aguarda una gran tristeza, y una gran alegría».

—¿Y por qué razón debemos escondernos? —Se atrevió, al fin, a preguntar.

Erina movió tristemente la cabeza y dijo:

—Ay querida Princesa, vuestra suegra la Reina Selva es en realidad una ogresa. Ella no puede evitarlo, porque así es su naturaleza, aunque procura ocultarlo a las gentes. Ni siquiera el difunto Rey, ni vuestro esposo, el Príncipe Azul, lo saben... Pero los sirvientes conocemos mejor a nuestros señores que sus familias, y hace ya bastante tiempo que descubrimos su debilidad. Y tenéis que saber, Señora, que Silo, el montero mayor, es un buen hombre y que, hartado de tanta matanza, ha sido el que más nos ha ayudado a salvarnos.

La Princesa abrazó a Erina, y las dos lloraron así un ratito, aunque, por supuesto,

en el mayor de los silencios. Erina dispuso como mejor pudo un lecho para la Princesa y colocó y puso en orden cuanto ella había traído. Mientras, la Bella Durmiente pensaba que todo lo que había oído decir a la yedra resultaba verdad; que mejor era que nadie viese lo que ocurría tras los muros de aquella casa, y que aquel día iba a traerle una gran pena... y una gran alegría.

Mientras tanto, había llegado la hora de la cena. La Reina Ogresa había ordenado preparar, en esta ocasión, una gran mesa en el llamado refectorio. Parecía haber perdido toda moderación y disimulo, pues, en vista de que nadie había descubierto su secreto —o eso creía ella—, se sentía libre. Incluso, se dijo, era posible que su hijo tardara años en regresar —así lo había hecho, en cierta ocasión, su padre el difunto Rey—, y ella podría contarle, sobre la desaparición de su esposa e hijos, cualquier cosa que pareciera verosímil.

Por ello guardaba cuidadosamente las ropitas de Aurora y Día, manchadas de sangre, y ordenó que hicieran lo mismo con el vestido de terciopelo verde de su nuera.

La boca se le hacía agua, pues hasta la estancia llegaban los aromas de la carne asada y bien aderezada.

Tuvieron que presentar el guiso entre cuatro sirvientes. Y eran aquellas extrañas y deformes criaturas de las que ella se rodeaba, las encargadas de servirla, pues, además de que le complacía su compañía más que cualquier otra, tenía una probada confianza en ellas y su lealtad.

—Hay mucha carne, demasiada hasta para mí —dijo, mostrando sus afilados colmillos entre los labios, porque ésa era su forma de sonreír—. Queridos míos, cuando yo termine de cenar, os permito que deis cuenta de lo que quede de mi nuera.

Todos lanzaron agudos chillidos, parecidos a los que lanzan las ratas en noche de lluvia, y se apresuraron a servir una y otra vez a su dueña y señora, la Reina Ogresa Selva. En la cocina, Rago, Erina y el montero Silo reunidos junto al fuego, esperaban ansiosos el resultado de la cena. La Reina no era precisamente ingenua, y, hasta que hubiera probado el primer bocado, ¿quién podía decirles que no iba a descubrir el engaño? La misma Ogresa era consciente del terrible paso que acababa de dar, pues comerse a la futura reina de su país no era cosa de broma. Y —se decían— si además se trataba de su propia nuera, por muy ofuscada por la gula que se sintiera, su misma astucia podía despertar sospechas sobre si, verdaderamente, se estaba comiendo a su nuera o estaba comiéndose otra cosa.

No les faltaba razón, porque, como se ha dicho repetidamente, la Reina Selva tenía muchos defectos, pero la inocencia y la estupidez no se contaban entre ellos.

Así que, primero mordisqueo este o aquel nabo, algún guisante, mojo pan en la salsa —en aquellos tiempos, esto no estaba mal visto, incluso, según como se llevara a cabo, denotaba el grado de distinción del comensal—, hasta que por fin la emprendió con un pedazo de vianda muy apetitoso. Hincó los colmillos en la carne, la masticó y paladeó con los ojos entrecerrados, y se detuvo unos instantes para

saborearla. El sabor, sin duda alguna, era exquisito —al menos para su gusto—, y siguió masticando. Se trataba de una molla jugosa, pero de carne hecha, roja, turgente, delicada y, al mismo tiempo, algo dura. «No hay duda», pensó la Reina Ogresa, con verdadera satisfacción. «Ésta es la carne de una mujer joven... que ha pasado cien años durmiendo. Es joven y vieja, dulce y prieta, melosa y resistente. Tal y como yo esperaba, cuando la veía pasear por el jardín».

Y, sin más reflexiones, se dedicó a devorar con verdadero deleite las jugosas y contundentes mollas de la cierva que ella creía la Bella Durmiente.

Y la encontró tan deliciosa e incomparable a cuanto había comido hasta entonces —había pasado tanto, tanto tiempo, sin poder deleitarse de aquella forma— que, aunque había prometido a sus horrorosos sirvientes el resto del festín, poco más que huesos y alguna que otra ternilla les dejó.

Había sido tan grande aquel festín, y además acompañado de excelentes vinos que, una vez acabada la cena, cayó en un sueño y sopor tan profundos que la mantuvieron amodorrada y en su lecho durante más de quince días.

Confiados en aquella especie de media muerte que la invadía —aunque sin confiarse demasiado, por si acaso, puesto que una criatura de la naturaleza de la Reina Selva era de mucho cuidado y toda precaución era poca—, Rago y Erina decidieron subir las escaleras que llevaban a la buhardilla, para comunicar a los escondidos la buena noticia.

Así lo hicieron, y aún estuvieron ellos dos y la Princesa un rato charlando entre susurros, mientras los pequeños Aurora y Día dormían. Hicieron planes de felicidad, y alimentaron esperanzas para que un buen día, lo más cercano posible, el añorado Príncipe Azul regresara a salvarles y a llenarles a todos de alegría.

Luego, toda luz se apagó, y la Princesa se tendió a dormir entre sus hijos. Y se despertó varias veces aquella noche y se abrazó a ellos, uno rodeado por su brazo derecho, el otro por su brazo izquierdo, porque ya no podía vivir sin sentir el calor de sus cuerpos y el tibio respirar de sus sueños junto a ella. Hasta que una vez más, la luz de un nuevo día se abrió paso por las rendijas de su ventana, y les despertó.

El verano pasó, y llegó el otoño. Erina, cuando les subía la comida les advertía:

—No asoméis vuestras cabezas por la ventana, ni hagáis ruido. Si queréis ver algo de lo que hay ahí fuera, hacedlo por las rendijas de los postigos y por este agujero que hay aquí.

Y señalaba el redondo orificio que un nudo de la madera había dejado en el postigo de la ventana.

El otoño cubría ya los bosques de tonos dorados y escarlata, y sólo los robles y las encinas permanecían oscuros, casi negros. La niebla bajaba de las montañas y rodeaba la casa. Aunque hubieran querido o podido asomarse a las ventanas, apenas hubieran visto nada. Pero llegaban hasta ellos los aromas del cercano bosque, y los

gritos de los pájaros. Empezaron gracias a la Princesa a entender nuevamente su lenguaje. La que mejor lo entendía era Aurora. Llego un día en que ella traducía a su madre y a su hermano cuanto ellos le comunicaban:

—Dicen los mirlos que no desesperemos, porque nuestro padre vendrá...

—¿Cuándo? —preguntaba ansiosa la Princesa.

Pero los mirlos no lo sabían y emprendían el vuelo.

—Dice la yedra que no temamos, que mi padre vendrá —decía Día.

—¿Cuándo será eso? —interrogaba su madre.

Entonces, la yedra callaba.

Alguna vez, escudriñando por el agujero de la ventana pequeña, o por las rendijas de la más grande, Aurora, Día y su madre veían al pequeño Berro y a sus hermanos, ir y venir libremente por el jardín. Y sentían una gran pena viendo como saltaban, y jugaban, y recogían las hojas caídas de los árboles en un cesto, como les habían mandado. Después hacían grandes montones y les prendían fuego. Y el humo llegaba hasta las habitaciones de la buhardilla, y entraba su aroma por entre las rendijas, y ellos cerraban los ojos y aspiraban su olor a bosques y decían:

—Quien pudiera estar con ellos...

Paso el otoño y llego el invierno. La nieve cubrió bosques y montañas, y llego hasta el jardín. Empezaron a aullar los lobos, durante las noches. Sus aullidos se acercaban a la gran casa, atravesaban las ventanas de las buhardillas y estremecían a los niños, que temblaban en sus camas. Ya no veían a Berro ni a sus hermanos jugando en el jardín. Sólo podían oírles jugar, reírse y discutir al otro lado del tabique. Y pasaban los días con la oreja pegada a la pared, porque así les parecía que ellos también participaban de sus juegos.

Hasta que llegaron unos días tan fríos que apenas si podían calentarse, abrigándose con todas sus ropas y abrazados uno al otro. No podían encender el fuego de la chimenea, porque el humo les traicionaría.

Pero un día Erina, compadecida de ellos, entró con un gran montón de leña, encendió un buen fuego y les dijo:

—Ahora más que nunca, debéis guardar silencio, y que nadie, ni una rata, pueda oír vuestras pisadas.

Entretanto, la Reina Madre, que había salido ya de su sopor digestivo, paseaba silenciosa por las estancias del castillo. Su gula de ogresa parecía, de momento, aplacada por algún tiempo. Tras los últimos festines, no daba señales de apetecer carne humana. Se contentaba con conejos, liebres, algún que otro jabalí y los habituales animales que criaban en la granja. Ora una oca, ora una gallina, quizás un lechoncito, era cuanto ordenaba preparar.

Pero un día, cuando salió al jardín, la mala fortuna hizo que, al elevar los ojos hacia las buhardillas, viera que salía humo por la que suponía chimenea de una estancia vacía.

Llamo entonces a Erina, y le dijo:

—He visto que de la buhardilla contigua a la tuya sale humo. ¿Puedes explicarme por qué, si nadie vive en ella?

Erina era mujer que no se dejaba coger desprevenida, y hacía ya tiempo que tenía preparada la respuesta:

—Sí, señora. Allí quemamos todos los desechos y sobras de la casa, para que no molesten con su olor ni su presencia vuestro paso... Crecen demasiadas malas hierbas y arbustos en el jardín, y pienso que no deben ofender ni vuestra vista, ni vuestros paseos.

—Ah, bueno —contesto la Reina Selva, que en aquel momento no tenía ganas de discutir, y además hacía frío—. Procura que todo esté bien aseado y limpio para cuando llegue mi hijo de las tierras de Zozogrino.

Así que, de momento, no dio más importancia al suceso, y se internó en la casa. Ya no era joven, empezaba a resentirse del reuma, y las piernas le dolían tanto que no estaba su ánimo dispuesta a detenerse en estas cuestiones.

Así, mal que bien, pasó aquel invierno, y un buen día volvió a florecer la primavera. La nieve volvía a derretirse, corrían los arroyuelos y brotaban los tallos verdes al borde de los manantiales. Poco después, los cerezos y perales del jardín se cubrieron de flores blancas y rosadas. Cuando el viento los zarandeaba, una nube de pétalos volaba hacia las ventanas de la buhardilla. Y sin embargo, por más que el mundo se llenara de vida y alegría, que los pájaros inundaran los bosques de amorosas llamadas —era el momento en que cada cual buscaba su pareja y construía su nido—, que por sobre las montañas llegaran nubes de mariposas, ellos, la madre y los niños, permanecían encerrados en su buhardilla, sin tener siquiera derecho a asomarse a las ventanas. Aunque la buena Erina les traía exquisitos platos y procuraba que nada les faltase, la verdad era que sus mejillas palidecían y que el brillo de sus ojos iba apagándose día a día. Apenas tenían ganas de jugar, y únicamente les atraía aquel agujerito que había dejado en los postigos un nudo de la madera, o las rendijas de la ventana, por donde mirar hacia fuera, allí donde el mundo, una vez más, parecía recién nacido.

Entonces volvieron a ver a Berro y a Mía y al pequeño Naldo, y se sorprendieron de cuanto habían crecido aquel invierno. Y Aurora y Día se sentían cada vez más tristes, viendo como los hijos de Rago y Erina se revolcaban por la hierba y cogían nueces verdes y jugaban con su perrita *Nan*, que había parido seis cachorritos. Todos ellos retozaban y jugaban alegremente, bajo los árboles, en la brisa de la mañana. Y les oían gritar a su antojo, sin tener que guardar silencio, chapotear en las aguas del manantial, sin tener que envolver sus piecitos con trapos, y a veces, cuando apretaba el sol, les veían bañarse en la cascada del Manantial de las Hadas. Era una cascada blanca y fresca que llegaba, formando un riachuelo, desde las montañas hasta su jardín. Todo parecía estar tan cerca de ellos, y, sin embargo, tan lejos.

—Madre —decía la pequeña Aurora—, yo quiero ir a coger flores con Mía, y tejerme coronas de margaritas, como hace ella.

—No puede ser, calla, calla, hijita mía —decía la Princesa.

Y sentía una pena tan grande viendo las mejillas blancas de su hija, y comparándolas con las rosadas y rollizas de Mía, que apenas si podía ocultar sus lágrimas para no entristecer más a sus hijos.

En otra ocasión, Día vio a Berro correr entre los cabritillos y el perro del pastor, y jugar con ellos.

Madre, quiero ir a los bosques, como Berro, y conducir las ovejas y los cabritillos, y silbar como él sabe hacerlo... Quiero ser amigo de su perro, que se llama *Nicolás*...

—Calla, calla —decía su madre—, habla en voz baja y ten paciencia, hijo mío, porque un buen día oiremos trompetas por el camino y tu padre vendrá a sacarnos de aquí.

Únicamente el perrito *Nicolás*, que les conocía a todos, y era el más sabio de toda la casa, se detenía a menudo bajo las ventanas de la buhardilla, que la mayoría de gente creía inhabitada, y les obsequiaba con piruetas, ladridos y correteos, que hacían reír —aunque tapándose la boca— al Príncipe Día y la Princesa Aurora. Ellos le enviaban besos y, aunque nadie podía verlos, el perrito *Nicolás* si los veía. Bajaban desde las ventanas como mariposas, y venían a posarse sobre sus orejas. Al atardecer, *Nicolás* se sentaba sobre sus patas traseras, levantaba el hocico hacia la buhardilla y aullaba suave y dulcemente. Con los últimos rayos del sol, se retiraba y los niños sabían que ésa era su forma de darles las buenas noches.

Después, se acostaban, junto a su madre, y soñaban, y esperaban aquel prometido día en que su padre regresaría, y la vida volvería a ser libre y feliz.

2.-

Estaba ya muy avanzada la primavera cuando, una tarde, se desato una gran tormenta. Caían relámpagos y truenos sobre las montañas, y todo, desde los bosques hasta las aldeas que rodeaban la casona, parecía temblar bajo los rayos.

Tras la comida, sumida en un sopor bastante profundo, la Reina Selva dormitaba en sus aposentos, cuando de pronto, el aire de la tormenta le trajo un especial olor. Hacía tiempo que no sentía algo parecido.

Se incorporo, y olfateo el aire. Aun a través de la tupida cortina de la ventana, penetraba aquel aroma, aquel especial tufillo que revolvía sus entrañas.

«Que raro —pensó—. Diríase que...».

No eran los conocidos olores a los que estaba acostumbrada. Eran otros, aquellos que habían despertado su oscuro apetito, hacia meses —quizás un año—, y que creía

satisfechos con creces.

Inquieta, salto del lecho, ordenó que la vistieran y salió, muy despacio, como deseando no ser vista, de sus aposentos. Recorrió sigilosa estancias y pasillos, corredores y patios interiores. Pero nada descubrió que no le fuera de sobras conocido.

Entonces, se le ocurrió lo que, hasta aquel momento, no había pasado por su mente. Apoyándose en el largo bastón con puño de marfil, que no abandonaba desde que su reuma se había agravado, empezó a subir las escaleras que conducían a las buhardillas. En verdad no sabía muy bien por qué lo hacía. Sólo la guiaba un antiquísimo, remoto instinto, que le llegaba desde inmemorables vivencias de criaturas que existieron muchos años antes de que ella naciese.

Erina, que en aquellos momentos se hallaba en la buhardilla, oyó el bastón de la ogresa, golpeando los peldaños, cada vez más cerca escaleras arriba. Un frío helado llegó hasta su corazón. Sintió que, de pronto, las piernas le flaqueaban, y, aun sin poder explicarse razonablemente lo que estaba a punto de suceder, tuvo el presentimiento de que todos sus cuidados y precauciones eran ya inútiles, y de que un desastroso final les aguardaba.

Lentamente, el sordo y rítmico golpe del bastón iba haciéndose más claro, más cercano. Ascendía por la escalera, como el aliento de un gran animal.

Los mismos niños, Berro, Mía y el pequeño, habían callado y miraban a su madre asustados.

Al fin oyeron el golpeteo del bastón, en su propio piso. Iba de acá para allá, inquieto. Por fin, se detuvo frente a la buhardilla donde permanecían escondidos la Princesa y sus hijitos. Fue entonces cuando ocurrió la desgracia.

A pesar del silencio y cautela en que transcurrían sus vidas, de vez en cuando el pequeño Día, que era el más inquieto, se desmandaba. En aquel momento acababa de cometer una travesura y su madre le reprendió. Pero no fue esto lo peor: la pequeña Aurora, que adoraba a su hermanito, salió en su defensa, y levanto la voz más de lo debido. Precisamente en el momento en que la Reina Ogresa se detenía frente a su puerta. La voz de la pequeña Aurora llegó a sus oídos y, primero el asombro, luego la cólera llenaron su corazón. Por un instante, aún dudo si había oído realmente la voz de la niña, o si era fruto de su imaginación. Se inclinó entonces a mirar por la cerradura de la puerta, y en aquel momento un gran relámpago ilumino la estancia. De modo que pudo ver perfectamente a su nuera y a sus nietos.

Aparte del gran defecto que suponía ser ogresa, la Reina Selva disfrutaba de otro, tan grande y feroz como aquél: la soberbia. De modo que, anteponiéndose incluso a su gula y a sus instintos carnívoros, la soberbia y la humillación de haber sido engañada le ofuscaron de tal modo el entendimiento que estuvo casi a punto de ahogarse en su propia ira.

Lo primero que hizo fue aullar. Ningún lobo hubiera podido sobrepasar aquel largo aullido, ni los más hambrientos y feroces que osaban acercarse a las aldeas en el

crudo invierno. Luego empezó a golpear el suelo con su bastón, de tal manera, que hizo un agujero y llegó hasta el piso inferior.

Cuando aquel aullido inhumano taladro hasta los más espesos muros de la vieja casa, todos sus sirvientes —íncubos y súcubos, mas algún que otro malvado y estúpido de los que componían su séquito— acudieron en su ayuda. Cuando les tuvo reunidos, la Reina Selva ordenó derribar la puerta de la buhardilla donde se ocultaban su nuera y sus nietos y, acto seguido, la de la vivienda de Rago, Erina y sus hijos.

No tardó mucho en conocer la verdad. O, por lo menos, no tardo en adivinarla, porque hablar, lo que se dice hablar en su descargo, no le fue permitido a ninguno de ellos.

Y tampoco tardo en imaginar que aquél en quien había tan ciegamente confiado, su montero mayor, Silo, estaba también implicado en la traición.

Ciega de ira, ordeno que todos —el cocinero, su mujer, sus hijitos e incluso el perrito *Nicolás*— fueran inmediatamente encarcelados en las mazmorras. Lo mismo hizo con su nuera, sus nietos y el montero mayor. Todos los sirvientes, excepto las raras criaturas que servían personalmente a la Reina Ogresa, estaban aterrados, y ninguno de ellos apostaba una brizna por su cabeza. ¿Qué sería de ellos? Ninguno sabía nada de lo que allí estaba ocurriendo y, si alguno había sospechado algo, lo había callado celosamente.

La Reina Ogresa pasó toda la noche meditando su venganza. Estaba tan cegada por el odio y la humillación, que apenas pudo dormir. A su alrededor, no cesaban relámpagos y truenos, hasta el punto de que, en algún momento, creyeron que la vieja casona seria fulminada por un rayo. Cosa que, dada la fama de que disfrutaba, no hubiera sorprendido a nadie.

Pero, como suele ocurrir a menudo, la tormenta cesó tan rápidamente como se había desencadenado, y amaneció un día esplendido, con cielo azul, como recién lavado; y los prados, bosques y campos, verdes y brillantes.

La Reina Selva se hizo vestir sus mejores galas, una túnica de terciopelo malva bordeada de oro, zapatos dorados y velos de tono entre lila y azul, que disimulaban mejor que ningún otro color las arrugas que ya empezaban a estropear su cutis. Luego se cubrió con un manto de pieles de zorro plateado, y apareció ante los sirvientes y soldados, que temblaban ante su presencia, para anunciarles que regresaban todos al castillo.

Regreso, pues, con sus prisioneros al lugar de donde les había sacado, hacia ya tanto tiempo. La Princesa y los niños, así como el cocinero Rago, su mujer Erina y sus tres hijos, fueron introducidos en carros y custodiados por guardias y sirvientes. Pero a Silo, el montero, no se le pudo apresar. Sigiloso, como sólo él sabía ser, había montado en su caballo y huido hacia las montañas, en dirección a las tierras de Zozogrino.

Cuando llegaron al viejo castillo, la Reina Selva ordeno que en el patio de armas se armara una enorme hoguera. Encima, debía colocarse la olla más grande que jamás se vio. Por lo menos, en aquellas tierras.

Todas las gentes de los alrededores estaban verdaderamente consternadas, ya que muchos rumores corrían de boca en boca. Pero nada se sabía de cierto. Todos se preguntaban donde estaban la Princesa y los pequeños príncipes, pero nadie les explicaba nada. La única persona visible de todo aquel embrollo era la Reina Selva, a quien todos profesaban un comprensible miedo.

De todos modos, inquietud y desconcierto reinaban por doquier, y la noticia de la hoguera y la enorme olla había viajado de aquí para allá.

Cuando la olla estuvo dispuesta, la Reina Selva mando aderezar su contenido con víboras, culebras y otras criaturas parecidas, que, aunque hirvieran en el interior de la olla, conservaban todos sus poderes venenosos y maléficos. Más aún: se les acrecentaban con el fuego.

El día previsto para el gran escarmiento amaneció resplandeciente. La Reina Selva volvió a vestir sus galas preferidas, y se rodeo de su corte de malignas criaturas.

Había ordenado fabricar un gran estrado, donde coloco un sillón, parecido a un trono, en el que se sentó con gran majestad. Y se dispuso a dar comienzo a la gran ceremonia de su venganza.

Para ello hizo traer a su presencia encadenados, a su nuera, la Princesa Durmiente, y a sus nietos Aurora y Día. Tras ellos, igualmente encadenados, aparecieron el pobre Rago, su mujer Erina y sus tres hijitos. Incluso mando apresar al perrito *Nicolás*, que no entendía gran cosa del asunto, y meneaba el rabito como si se tratara de una fiesta.

Pero nadie había visto a Silo, ni nadie había podido encadenarlo, y esta ausencia del que ella había creído su más fiel servidor hacía rechinar de rabia y odio los dientes de Selva, y corroía aún más su corazón. Se levantó de su asiento, y su gran estatura pareció oscurecer el brillo de aquel día tan hermoso.

—¿Veis esa gran olla hirviendo, llena de víboras, culebras y serpientes al rojo vivo...? Pues a ella seréis arrojados, uno a uno, para castigar vuestra traición. Y, a fin de que sufráis más aún, primero veréis dar alaridos de dolor y perecer en ella a vuestros hijos... para seguirles poco más tarde vosotros mismos, en la misma muerte.

Hasta los peores soldados de la Reina Madre —que recluto entre los asesinos y malhechores más feroces— se estremecieron al oír aquellas palabras. Los únicos que se regocijaban, reían, daban palmadas y saltitos eran las abominables criaturas que formaban su corte. Desde luego, no pertenecían a la especie humana, y no conocían

sentimientos humanos ni cosa que se le pareciese.

Entretanto, lejos ya de allí, Silo galopaba sobre su caballo. Cruzó valles y barrancos, y al fin de su larga carrera consiguió llegar a las tierras de Zozogrino. Precisamente en aquel momento éste y el Príncipe Azul habían llegado a un buen acuerdo, que traería la paz a los dos reinos. «Se acabaron las guerras, se acabaron los odios», decían. Por lo menos, eso decían y seguramente deseaban.

Zozogrino, cuya fama era tan terrible en tierras del Rey Abundio, resulto ser un hombre que ansiaba tanto la paz como el Príncipe Azul. De modo que las cosas se habían solucionado sin batallas sangrientas, aunque, eso sí, con muchas reuniones y banquetes, hasta llegar al acuerdo final. Uno cedía por aquí, el otro cedía por allá, y al fin se dieron el gran abrazo de la concordia.

Fue entonces cuando se presentó Silo y, aunque fue necesario traer a un niño dormido para entender su lengua, contó a su Señor las cosas que habían ocurrido en el reino durante su ausencia.

De modo que el Príncipe Azul se puso en marcha, sin tardanza, hacia su castillo, y llegó en el preciso, esperado y necesario momento.

Ardía ya la leña, hervían las serpientes y las víboras vivas en el fondo de la olla, siniestras aves planeaban sobre el patio de armas en lentos círculos negros, y lanzaban lúgubres y largos gritos, que no anunciaban nada bueno, sobre las cabezas de los que allí se habían reunido para presenciar la terrible sentencia de la Reina Selva.

El primer destinado a tales ferocidades era el pequeño Día. El niño, aunque pataleando, era conducido al suplicio, cuando en aquel instante llegaron a ellos, por sobre las almenas, clamores de trompetas y galopes de caballos. Por fin, por fin regresaba el Príncipe Azul, a la cabeza de su ejército. Ya era hora.

En cuanto el Príncipe Azul, montado en su caballo blanco, entro en el patio de armas, rodeado de sus hombres, la Reina Selva comprendió que todo estaba perdido. Como era orgullosa (y además nada cobarde), detuvo al verdugo que se disponía a arrojar a su nieto a la caldera y, de un salto prodigioso que nadie hubiera podido imaginar en una dama de porte tan altivo y mesurado, se arrojó ella misma dentro.

Al ver aquello, todos sus miserables sirvientes, amén de súcubos e íncubos, que la rodeaban, imitaron su gesto. Y excusa decir el humo apestoso que invadió el patio de armas, y los gritos de espanto de todos los demás.

El pueblo, que hasta aquel momento se había agrupado en torno al castillo, sin saber muy bien lo que pasaba, irrumpió dentro y se dedicaron a vitorear al Príncipe Azul, a la Princesa, a los príncipes Aurora y Día y a los infelices Rago, Erina e hijos. Todos fueron liberados de sus cadenas, y los gritos de alegría y de horror se mezclaron en profusa algarabía, durante un buen rato, en el patio de armas.

Por supuesto, todo acabo de la mejor manera. El Príncipe derramó alguna lágrima

por el atroz final de la Reina Selva —al fin y al cabo, era su madre—, pero no le costó mucho consolarse en los brazos de su esposa y sus hijitos.

En cuanto a Rago y Erina, les concedió títulos y tierras, y al montero Silo pensaba concederle el título de conde, pero no lograron dar con él. Montado en su veloz caballo, Silo desapareció tal y como, cierto día, muchos años antes, apareció en el país y entró al servicio de la Reina Ogresca. Muy a su pesar, lo cierto es que había contribuido a muchas muertes, y la conciencia le pesaba. De modo que nunca más se volvió a saber de él.

La leyenda acaba aquí. No hay detalles sobre lo que fue, en años siguientes, la vida del Príncipe Azul y la Bella Durmiente y sus hijos Aurora y Día.

Pero debe suponerse que, tal y como suelen terminar estas historias, fueron todos muy felices. Aunque la Princesa nunca más sería tan cándida, ni el Príncipe tan Azul, ni los niños tan ignorantes e indefensos.



ANA MARÍA MATUTE nació en Barcelona (España), el 26 de julio de 1925, y falleció en la misma ciudad el 25 de junio de 2014. Fue una novelista española, miembro de la Real Academia Española (sillón «k»), y la tercera mujer que recibe el Premio Cervantes (2010). Es considerada por muchos como la mejor novelista de la posguerra española.

A los cinco años, tras haber estado a punto de morir por una infección de riñón, escribió su primer relato, ilustrado por ella misma. Durante toda su niñez y adolescencia seguirá escribiendo y, a la vez, ilustrando ella misma sus relatos, y esta capacidad de ilustradora la mantendrá durante toda su vida.

A los ocho años volvió a padecer otra enfermedad grave y la enviaron a vivir a Mansilla de la Sierra (Logroño) con sus abuelos. Se educó en un colegio religioso en Madrid y con 17 años escribió su primera novela, *Pequeño teatro* por la que Ignacio Agustí, director de la editorial Destino en aquellos años, le ofreció un contrato de 3000 pesetas que ella aceptó. Sin embargo, la obra no se publicó hasta ocho años después.

Se dio a conocer en la escena literaria española con *Los Abel*, una novela inspirada en los hijos de Adán y Eva, en la cual reflejó la atmósfera española inmediatamente posterior a la contienda civil desde el punto de vista de la percepción infantil. Este enfoque se mantuvo constante a lo largo de su primera producción novelística y fue común a otros representantes de su generación, la llamada generación de los «niños asombrados». Enfoque que, con frecuencia, ha llevado a considerar estos escritos

como literatura para niños, lo que en realidad no son (aunque, por supuesto, también los niños pueden leerlos).

Las novelas de Ana María Matute no están exentas de compromiso social, si bien es cierto que no se adscriben explícitamente a ninguna ideología política. Partiendo de la visión realista imperante en la literatura de su tiempo, logró desarrollar un estilo personal que se adentró en lo imaginativo, y configuró un mundo lírico y sensorial, emocional y delicado. Su obra resulta así ser una rara combinación de denuncia social y de mensaje poético y mágico, ambientada con frecuencia en el universo de la infancia y la adolescencia de la España de la posguerra.

La autora ha cultivado también el relato corto en títulos como *El tiempo*, *Historias de la Artámila* o *Algunos muchachos*. Igualmente, a comienzos de los sesenta, editó dos libros de corte autobiográfico: *A la mitad del camino* y *El río*. En estas páginas evoca sus experiencias de la niñez en el ambiente rural y bucólico de Mansilla de la Sierra.

De vuelta a la producción novelística, Ana María Matute se aventuró a escribir la trilogía *Los mercaderes*, integrada por *Primera memoria*, *Los soldados lloran de noche* y *La trampa*, que gozaron de un gran éxito en su época. Después llegaría la publicación de *La torre vigía*, donde narra la historia de un adolescente que debe iniciarse en las artes de la caballería. Aunque sigue la línea de las anteriores, se da en ella un cambio histórico de ambientación hacia el período medieval, rasgo que se convirtió en el universo de sus últimas obras, publicadas tras un dilatado período de silencio literario: *Olvidado Rey Gudú* y *Aranmanoth*.

Asimismo, a lo largo de su carrera editorial han visto la luz bastantes de sus cuentos de óptica infantil, muchos de ellos recopilados bajo los títulos *Los niños tontos*, *Caballito loco*, *Tres y un sueño*, *Sólo un pie descalzo* y *Paulina*.